

EL GENERAL CRACK

FILM DE GRAN ESPECTÁCULO, SINCRONIZADO,
DE LA CÉLEBRE MARCA

WARNER BROS

Exclusivas CINÆS

Via Layetana, 53 - BARCELONA

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

VALENCIA, 84 - BARCELONA - ADAPTADO CORREDS 707

EL GENERAL

CRACK

Novela cinematográfica de George PREEDY
Magistral interpretación del celebre artista

JOHN BARRYMORE

ADAPTACIÓN LITERARIA DE
EZEQUEL MOLDES

PRINCIPALES INTERPRETES

81

General Crack	JOHN BARRYMORE
Gran Duque Guillermo	Lowell Sherman
Maria Laide	Marion Nixon
Fidelia	Armida Vendrell
Hoesdorff	Hobart Bosworth
Gabor	Otto Matiesen
Teniente Dennis	Douglas Gerrard
Condesa Carola	Jacqueline Logan
El Injo de Nina	Phillips Lary
Coronel Pons	Andrés de Seguro
Dama de la Corte	Julanne Johnston

EL GENERAL CRACK

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

GUERREROS EN LA PAZ

Siglo XVII. Una era de guerra en toda Europa. Aquí, allá, en todo lo que alcanzaba la vista, brillaban las banderas de los vivaces soldadescos y rasgaban el aire el son de los clarines bélicos, el disparo de arcabuces y morteros, y el chocar de las espadas.

Los hombres de aquella época habían nacido y crecido entre el estruendo de la guerra, y cuando les apuntaba el bozo, empuñaban un arma y salían a combatir a los campos de batalla.

La guerra era la ambición de los pobres y el entretenimiento de los ricos. Los segundones de casa grande, los hidalguelos de aldea que sólo contaban con un par de rocines y algunas tierras de labranza, veían en los cam-

pos de Marte el escenario de sus éxitos, el trampolín que los elevaría de golpe a los más altos puestos y las más elevadas jerarquías.»

Los pobres de solemnidad — jornaleros, vagabundos, tahures —, cuya pobreza no les impedía tener un ánimo esforzado y un espíritu aventurero, hallaban bien pronto ocasión de medrar, trocando los naipes, las alforjas o los aperos de labranza por el mosquete de mercenarios.

En las ciudades, hasta en aquellas ciudades donde la paz era legendaria, los hombres gustaban de adoptar actitudes bélicas, y por un quitame allá esas pajas se ensartaban dos caballeros con la mejor buena fe del mundo.

Diríase que los infelices mortales habían perdido el miedo a la Dama Pálida. Y ésta, acentuando la risa de su calavera, se lanzaba mundo adelante, recogiendo el fantástico botín que le ofrecían los campos de batalla.

Pero hemos dicho que toda Europa estaba en armas, y hemos exagerado un poco.

En el mapa europeo había un espacio casi imperceptible, donde ondeaba al viento la alba bandera de la paz.

Era el pequeño ducado de Nerlandia.

En otro tiempo había tomado parte en el concierto general, y no eran sus instrumentos los que menos ruido hacían. Jamás había mirado, para batirse, si era grande o pequeño su adversario. Le bastaba una pequeña ofensa — algo así como el pisotón que recibe en la calle el paseante — para levantar inmediatamente su guante de desafío, aunque su enemigo se llamase Francia, o Austria, o Inglaterra.

Pero, precisamente, aquella belicosidad del pequeño ducado era la causa de su paz. Las grandes naciones habían acabado por respetar a Nerlandia. La temían, no por el daño que pudiera hacerles, sino por lo que las estorbaba cuando, al dirigir sus gemelos a otra nación poderosa, ella se colocaba en el campo de visión, desviando sus miradas y sus objetivos.

Y, como si se hubiesen puesto de acuerdo todas las naciones, el diminuto Estado de Nerlandia empezó a sentirse aislado de Europa, como si no existiese. Nadie se ocupaba de él, ni para bien, ni para mal. Y así iban transcurridos diez años. ¡Diez años en que la paloma blanca de la paz revoloteaba sobre los palacios de los nobles y las cabañas de los labriegos!

¡Y ellos no querían palomitas, no! ¡Ellos querían buitres, y águilas, y cuervos; aves de rapiña, voraces e insaciables, de las que acudían en bandadas a los campos de Marte, atraídas por el olor de la carne muerta!

¡Diez años!

Precisamente, en el Palacio Ducal se celebraba (?) el décimo aniversario de la última victoria.

El gran salón, iluminado por arañas de centenares de bujías, brillaba como un ascua. Las luces, inquietas, jugaban con la plata que, en cantidad enorme, llenaba la larga mesa; con los espadines de los caballeros que junto a ella se sentaban, ostentando unas magníficas cascacas bordadas y unas complicadas pelucas "a la Federica"; con los vasos de cristal de Bohemia. Y se reflejaban después en el suelo enmohecido como un espejo.

Eran los allí reunidos caballeros de la más rancia nobleza de Nerlandia. Viejos soldados casi todos ellos, encañecidos entre el olor de la pólvora y el tronar de los morteros.

Presidía la mesa el más viejo de todos: el Duque de Nerlandia, soberano del pequeño Estado. Sesenta y cinco a setenta años. Pero nada de decrepitud. Cuando se levantaba de un sillón para brindar, se le veía erguido en su alta estatura como un hombre en la plenitud de su fuerza y de su vigor. La voz también — una voz recia, habituada a dar órdenes — hablaba de pujanza y no de decadencia.

Como todos los presentes, el Duque de Nerlandia era buen soldado, buen bebedor y buen mujeriego. Lo era desde su adolescencia, y lo seguía siendo ahora, a la edad en que otros hombres se curvan hacia la tierra, buscando tal vez el hoyo donde deben descansar.

Se levantó uno de los presentes, y levantó su copa:

—Señores — dijo —, nos hemos reunido aquí para celebrar el décimo aniversario de Nerlandia sobre sus antiguos enemigos.

Hizo una pausa, saboreando el silencio que le rodeaba, y añadió:

—Y para rendir una vez más el debido homenaje a nuestro gran General en Jefe, a quien debemos tal victoria.

Se levantaron todos los comensales, con sus copas en alto, y dirigiéndose al anciano que presidía la mesa, lanzaron los tres hurras reglamentarios.

Pero aún no habían acabado de lanzar el último hu-

ra, cuando resonó sobre la mesa un soberbio pañetazo, que derribó varias copas e hizo saltar algunos platos, a tiempo que el Duque de Nerlandia, lanzando un juramento, gritaba:

—¡Basta! ¡Basta de palabras huecas!

Los brazos en alto descendieron inmediatamente como movidos por un resorte, e inconscientemente, todos aquellos caballeros se cuadraron ante el General en Jefe, olvidando por un segundo que se habían reunido allí para beber y divertirse, y creyéndose en el campo de batalla, escuchando sin replicar las órdenes del anciano Duque.

Este, dirigiéndose al que había pronunciado el breve discurso, y que allí estaba azorado, sin saber dónde esconderse, continuó:

—¡Diez años hace que celebramos aquí cada aniversario de nuestra última victoria, y son, por lo tanto, diez las veces que hemos escuchado vuestro discurso! ¡Es demasiado!

—Perdonad, Alteza, pero yo...

—Vas, ya lo sé, tratáis de mover la lengua, para que no se oxide como la espada... Pero por hermosas que fuesen vuestras palabras, no podrían hacernos olvidar que hace diez años que vivimos en la inactividad.

—¡Diez años de paz! — dijeron varios.

—¡Diez años de paz! — prosiguió el Duque —. ¡Y sin una guerra en perspectiva! ¡Qué porvenir tan negro!

—No hay que desesperar, Alteza — terció uno de los presentes —; una guerra puede estallar cuando menos se la espere.

—Así es — dijo otro —: la situación de Europa no hace presagiar una paz duradera.

—¿A qué llamáis duradera? — rugió el Duque —. ¿A un siglo? ¿A un milenio?

—Alteza... quizás dentro de dos o tres años...

—¡Dentro de dos o tres años seré yo demasiado viejo para ceñir espada!

—No, Alteza...

—¡Silencio! ¿Me tomáis acaso por una damisela que se enoja de su edad?... ¡Si algo siento, vive Dios, es haber malgastado mi vida sin haber procurado tener un heredero!

II

EL HEREDERO

Signieron bebiendo. Pero ya sin la alegría de antea. La tristeza del Duque de Nerlandia encontraba un eco en aquellos corazones leales que le habían acompañado siempre, lo mismo en las victorias que en las derrotas.

Y su tristeza era justa. Se encontraba el Duque al final de su vida. Había luchado como un león para mantener a todo trance la independencia de Nerlandia, para librarla de enemigos, para hacer que su ducado, como una herrilla de uñas poderosas y afilados dientes, fuese respetado por el mundo entero.

Y ¿para qué tantos afanes? ¿Quién disfrutaría de todas aquellas ventajas que había ido consiguiendo aun a costa de su sangre? ¿Quién se sentaría en el trono que él dejaría pronto abandonado?

Tenía razón el Duque de Nerlandia. Había malgastado su vida... la había derrochado locamente, sin pensar en el mañana. Muchos amoríos. Muchos rastros de mujeres destacando de las semitinieblas del pasado. Pero ni un solo amor firme, constante; uno de esos amores a los

que se abrazan los hombres más en las horas de desesperanza que en las de plena felicidad.

Una sombra — la sombra cruel de los años y de la muerte — pasaba por encima de aquellos cráneos mondos bajo las pomposas pelucas. Y las copas de aquellos bebedores insaciables estaban vacías.

De pronto resonaron hacia el exterior unos aldabonzos.

Un viejo criado salió a abrir.

El que venía así a turbar aquella fiesta de evocaciones y nostalgias, era un chicuelo harapiento, de unos doce años, de cabello rizado y ojos negros y brillantes, que pregonaban inteligencia y audacia.

Al criado que salió a abrir, le dijo con tono decidido:

—Vengo a ver al Duque de Nerlandia.

—¿Estás loco, muchacho? ¿Desde cuándo Su Alteza el Duque de Nerlandia tiene tratos con los pordioseros?

—¡Aquí no hay más que un pordiosero... y eres tú! ¡Déjame el paso libre!

—¡Insolente!... ¡Cómo te atreves!

—¿Entro por las buenas o por las malas?

Y como el viejo criado, en el colmo de su ira, tratase de caer sobre el rapaz, para castigar su osadía, éste escaullóse rápidamente por entre sus piernas y penetró en el vestíbulo, es decir, la pieza contigua a la en que se celebraba la fiesta.

Corrió tras él el criado; escapóse de nuevo el chicuelo, y al ruido que los dos armaban con sus carreras en el vestíbulo, el Duque de Nerlandia volvió la cabeza.

En aquel momento, el chiquillo gritaba:

—¡He venido a ver al Duque, y no me marcharé sin haberle visto!

Se levantó el señor de Nerlandia, y atraído instintivamente por aquel rapazuelo de mirada viva y penetrante, hizo una seña al criado e invitó al niño a pasar a la gran sala donde se hallaban los invitados.

Cundo ya lo tuvo ante él, se inclinó con una reverencia versallesca, y le dijo humorísticamente:

—¿Qué le quiere su señoría al Duque de Nerlandia?

—Quiero entregarle una carta de mi madre — respondió el chico sin cortarse.

—¿Y quién es tu madre, mozalbete?

—Nina, la Princesa gitana... Es ella quien me envía en busca de mi padre.

El Duque de Nerlandia se volvió a sus compañeros de mesa y los fué mirando al rostro uno por uno, como tratando de leer en aquellas caras correosas, endurecidas por la vejez y la vida ruda de los guerreros. Había en su mirada un tono de irónico reproche al decir, dirigiéndose a todos los comensales:

—Indudablemente, caballeros, hay entre nosotros un hombre que engañó a una mujer.

Todos callaron y se miraron unos a otros, buscando entre ellos al pecador.

El Duque se sentó.

—Veamos esa carta — dijo al niño.

Se la entregó éste, y el Soberano de Nerlandia la abrió y se puso a leerla:

"Me muero... y esto me da valor para escribiros. Os amé un día; os amé locamente... pero fui una loca al amaros..."

El Duque volvió a leer aquellas líneas escritas con una mano temblorosa de mujer. Le pareció recordar aquella letra. Hizo un esfuerzo de memoria, y un rayo de luz iluminó un oscuro rincón de su pasado. De un pasado no muy lejano.

Recordó...

Era ya casi un viejo, cuando, después de una de sus últimas incursiones por tierras extranjeras, regresó al ducado, victorioso, sintiéndose aún joven y fuerte.

En el camino hasta la capital, encontró a una tribu de gitanos, y allí conoció a Nina, la princesa de aquella tribu. Era una mujer salvaje y brava; pero bella, extraordinariamente bella. Y se amaron...

Después, él volvió a su vida; a sus cacerías, a sus fiestas cortesanas. En su corazón, ya cansado, no había echado raíces aquel amor tardío. Poco tiempo después había olvidado por completo a la gitana, como si jamás la hubiera conocido.

Y ahora el pasado volvía a erguirse ante él, no para recordarle una locura de la juventud, sino una vileza de la vejez.

Siguió leyendo:

"... Fui loca y ciega... No debí haber escuchado las mentiras de un gran señor... Os creí. Ya no tiene remedio... Os envío nuestro hijo... Se llama Cristián... Sabiendo

que el cuidado de un padre es la mejor herencia, no vacilo en enviároslo, segura de que en él repararéis el daño que me hicisteis... Cuando yo haya exhalado el último suspiro, Cristián os llevará estas líneas, que guardan los postreros latidos de mi corazón.

"Os perdóna,

Nina."

El Duque de Nerlandia, terminada la lectura de la carta, se enjugó con disimulo una lágrima furtiva. Después, recobrándose, fijó su vista en el niño que tenía ante él, y que le miraba con rostro huraño. Lo contempló un rato, midiéndole de pies a cabeza, como si tratase de buscar en él algún parecido, alguna señal que lo identificase. Sólo tenía, pendiente de su cuello, una medalla de oro y brillantes regalo del Duque a la Princesa Nina.

El pequeño Cristián, impaciente por aquella requisita minuciosa, se encaró con su soberano, preguntándole airadamente:

—¿Suis vos, mi padre?

—Al parecer sí — respondió el Duque.

Y entonces ocurrió algo inaudito. El niño se levantó sobre las puntas de sus pies, para alcanzar bien al rostro del autor de sus días, y le propinó dos sonoros bofetones.

Y lo que siguió, fué más inaudito aún. El Duque de Nerlandia se levantó de un salto, miró al chiquillo con gesto amenazador, y después, desarrugando el ceño, prorrumpió en una carcajada estrepitosa, que le hizo caer sobre el sillón.

Cuando, congestionado, pudo hablar, gritó:

—¡Bravo! ¡Reconozco mi sangre! ¡He aquí mi heredero!

Cogió al niño en sus brazos, lo apretó contra su corazón y lo puso de pie en el sillón, que, pasado su ímpetu, reía ahora feliz. Después, con el tono altisonante de sus arengas a la soldadesca, se dirigió a sus invitados:

—¡Señores... una princesa gitana, de sangre ardiente y salvaje, me ha dado un heredero! ¡El heredero que necesitaba el trono de Nerlandia! ¡Inclinaos ante él!

Y aquellos nobles caballeros, hidalgos de rancios pergaminos, de espadas venerables y de lucidos blasones, se curvaron delante de aquel atrapiczo despeinado y andrajoso, que reía satisfecho. En realidad, todo aquello no tenía para él más transcendencia que un juego infantil.

EL GENERAL CRACK

Han transcurrido veinte años.

Nos hallamos en la gran Corte de Turenia.

El siglo XVII había terminado, y el XVIII se iniciaba con una marcada tendencia a la vida regalada y fastuosa.

Se habían abolido no pocos conceptos que parecían eternos, como los de integridad de la patria, fortaleza masculina, etc., lo mismo que se desenterraban las viriles indumentarias de los hombres, para sustituirlas por unos casaquines primorosamente bordados, una abundancia de encajes, unos peluquines, afeites y pinturas, que hacían parecer a los hijos de Adán damiselas disfrazadas.

El amor a la guerra había sido reemplazado por el amor a la molición. Y muchos caballeros del nuevo siglo no se recataban para llevar a sus narices el pomito de sales aromáticas, si algún impertinente osaba referirse en sus conversaciones a los campos de batalla sembrados de cadáveres.

La Corte de Turenia no podía sustraerse al ambiente que dominaba en Europa. En los lujosos salones del Pa-

lacio del Gran Duque Guillermo, soberano de Turenia, se celebraban sin cesar fiestas y saraos.

Los pies de los caballeros, casi tan finos y delicados como los de las damas, dibujaban sobre el piso encerado, brillante como un espejo, los pasos complicados de una pavana o de un minué, mientras que en otras salas contiguas, graves y sesudos personajes jugaban a los naipes o al ajedrez, dejando que se divirtiese a su gusto la gente joven.

De vez en cuando atravesaba los salones, entre una calle de bustos encorvados, el muy noble y muy alto Guillermo de Turenia. Joven aún—frisaba en los cuarenta—, vestido con una elegancia exagerada, que se traducía en una abundancia extraordinaria de encajes y bordados; empolvado, maquillado, ostentando tres o cuatro lunares esparcidos por su rostro, caminaba majestuosamente, añadiendo prestancia e impertinencia a su persona el alto báculo que le acompañaba, parecido por sus dimensiones al del maestro de ceremonias.

No gozaba de muchas simpatías el soberano de Turenia. Sobre todo, lejos de la Corte, allí donde acababa la farsa dorada de los salones y empezaba la realidad de la vida.

El pueblo de Turenia veía con marcado desagrado como, a medida que aumentaba la fastuosidad de las fiestas cortesanas, disminuía el bienestar de la nación. Reinaba la pobreza entre los habitantes. El ejército, relajado por los vicios y la molición de la época, y disgustado por la escasez, cada vez más alarmante, del dinero que llegaba a

sus manos, se hallaba debilitado y era presa propicia para la ambición del enemigo.

Ya otras naciones más poderosas, aprovechando la triste situación de Turenia, habían invadido sus fronteras, sin encontrar apenas resistencia, y amenazaban con llegar hasta la capital, en cuyo caso el destino de Turenia era someterse al yugo extranjero.

En tan críticas circunstancias, sólo dos personas en la Corte contaban con la suficiente serenidad para hacer frente al peligro.

Una de ellas era la Duquesa María Luisa, hermana de Guillermo. Tan hermosa, que era considerada, sin adulaciones, como una de las primeras bellezas nacionales, y más buena aún que hermosa. Ella era la que, en ocasiones, trataba por todos los medios — aunque sin conseguirlo por ninguna — de llamar la atención de su hermano sobre la gravedad de la situación, exponiéndole los peligros que rodeaban su trono y rogándole que olvidase por una temporada las frivolidades de la Corte para pensar seriamente en el modo de conjurar la invasión extranjera, cada vez más inminente.

El otro cerebro sereno pertenecía a Hensdorff, el Ministro de la Guerra.

Este hombre — ya maduro —, aunque rodeado de las mentiras palaciegas, sabía ver con claridad al través del exagerado lujo de la Corte, y no se hacía ilusiones sobre el porvenir de Turenia. Faltaba allí la mano fuerte que, en un momento de decisión, puede salvar un Estado.

En vano intentó, reiteradas veces, despertar el patrio-

tismo de Guillermo, contándole la verdad escueta y poniendo ante sus ojos, de un modo descarnado, el peligro que le acechaba.

El soberano parecía interesado unos minutos; se preocupaba, se inquietaba, hacía preguntas serenas... Pero, de pronto, con la volubilidad que era la característica de su temperamento, abandonaba la discusión con un gesto de fatiga, para correr en busca de algún nuevo amorío o algún placer inédito.

Desalentado, Hensdorff sintió también la tentación de encogerse de hombros, de hacer lo que los demás hacían. Pero no pudo. Su carácter de hombre de acción le empujaba hacia la lucha, dictándole prudentes medidas de defensa.

Una de estas medidas cuajó en su ánimo.

Consistía en llamar en auxilio de Turenia a cierto general Crack, que recorría en triunfo la Europa en guerra, resultando siempre vencedor en cuantos combates tomaba parte.

Era el tipo perfecto del aventurero dispuesto a hacer fortuna rápidamente.

Nuestros lectores lo conocen. Nuestros lectores recordarán a aquel niño harapiento que un buen día llamó a la puerta del palacio del Duque de Nerlandia, para decirle que era su hijo.

Veinte años habían transcurrido, y el pequeño Crístian era ahora un hombre recio, varonil, impetuoso. Llevaba en sus venas la sangre guerrera de aquel Duque de Nerlandia, bravo, mujeriego y bebedor, que había sabido

mantener a raya, con su espada, a las grandes naciones europeas que, como fieras insaciables, intentaban caer sobre el pequeño ducado. Y llevaba también en sus venas la sangre nómada y rebelde de la Princesa Nina, la gitana.

Esta mezcla de sangres tan diversas había producido el personaje que era a la sazón objeto de la atención de toda Europa.

Se sabía de él que con un gran ejército de valientes, reclutados unos en su propio ducado, y otros en levass de mercenarios, vivía sólo para combatir. Cuando no podía hacerlo en su pequeña patria, por falta de enemigos, ponía su espada al servicio de otras naciones necesitadas de amparo, a las cuales no tardaba en conducir, de un modo infalible, a la victoria.

Hensdorff tuvo noticia de las proezas de este aventurero, y pensó que en él y sólo en él, estaba la salvación de Turenia.

Consultó con el Gran Duque Guillermo. Y éste, ni aprobó, ni negó. Después de todo, lo que a él le interesaba era que su Ministro de la Guerra arreglase por sí solo el conflicto; que pusiese una barrera a las tropas invasoras, y que le dejasen a él en la Corte, continuando su vida de ostentación y frivolidad.

III

¡HIJO DE UNA GITANA!

Un poco fatigado del bullicio de la fiesta palaciega, habíase retirado el Gran Duque Guillermo, acompañado de su hermana María Luisa, a una de las salitas de ajedrez, adonde llegaba amortiguado el rumor de los salones.

Hensdorff se presentó, y solicitada la venia para hablar, dijo al soberano:

—El General Crack entra en estos momentos en la ciudad, Alteza. El pueblo se apiña frente al Palacio para saludarle.

—¿Estás seguro, Hensdorff?

—Vuestra Alteza puede juzgarlo por sí mismo.

Se levantó Guillermo; se acercó al balcón, y levantando uno de los visillos que cubrían los vidrios, miró al exterior.

Hensdorff tenía razón. Frente a la noche severa del palacio se aglomeraba la multitud, contenida a duras penas por los soldados. Llegaba, apagado por la distancia, el lejano vibrar de clarines: la escolta del General Crack, que se acercaba.

Guillermo se volvió al Ministro de la Guerra con gesto malhumorado:

—Mis súbditos confían demasiado en ese insolente aventurero.

—Es su única esperanza, Alteza.

—Pedirá, sin duda, una suma fabulosa por su ayuda.

—Sean cuales sean sus pretensiones, no tenemos más remedio que acceder a ellas. Es el único General capaz de conducirnos a la victoria.

—¡Oh! ¡Eso es mucho decir!

—El único, Alteza. Dispone de veinte mil hombres armados; todos ellos bravos como leones, todos ellos soldados de raza, que se sienten en su elemento entre el olor de la pólvora y el tronar de los cañones... Sin él, Turenía está perdida.

La Duquesa María Luisa, que hasta entonces se había mantenido alejada de los dos hombres, se acercó ahora, para decir, dirigiéndose a su hermano:

—Debe ser un hombre interesante. ¿Quién es realmente?

—El Príncipe Cristián — respondió Guillermo —, comúnmente llamado el General Crack, sobrenombre con que lo bautizaron los ingleses, y que entre nosotros pueda traducirse por General Terremoto. Hijo del Duque de Norlandia... y de una gitana.

—A pesar de lo cual — tirió Hensdorff al observar el desprecio con que el Gran Duque pronunciaba la última palabra —, a pesar de lo cual... tiene el destino de Turenía en sus manos.

El soberano se volvió a él airadamente.

—¿Tienes mucho interés por ese hombre, Hensdorff?

—No, Alteza. Tengo mucho interés por Turenia.

En aquel instante, como una ola gigantesca, apagando el son de los clarines, aumentó el rumor de la multitud.

El Príncipe Cristián acababa de llegar, y lo acogía una verdadera tempestad de aplausos y aclamaciones. Era un hombre alto y musculoso. Sobre su traje ceñido de guerrero lucía una piel de pantera. Al sise la cabeza de cabellos cortos y rebeldes. Montaba un soberbio caballo negro, y avanzó entre la multitud con gesto altanero, sin dignarse responder, ni con una sonrisa, a las pruebas de afecto y entusiasmo que recibía.

Guillermo salió al balcón y con un gesto de mando impuso silencio a la multitud. Callaron instantáneamente todas las bocas, y las miradas convergieron en el balcón del Palacio. El Gran Duque, satisfecho del efecto que aún producía sobre las masas su presencia, habló así:

—Mis leales súbditos. Nada temáis: no sintáis la menor inquietud. Vuestro Soberano vela por la Patria y por vosotros. Os habrán dicho, quizás, que el enemigo invade nuestras fronteras y planta sus tiendas en nuestro propio territorio... No lo creáis. Turenia está hoy más fuerte que nunca y dispuesta a resistir cualquier invasión. Pero, para llevar a vuestros ánimos la convicción de la seguridad, aquí tenéis al hombre que ha de barrer de enemigos nuestras fronteras, si alguno se hubiese atrevido a cruzarlas. Respirad, leales súbditos. La palabra "Victoria" está escrita en el horizonte de Turenia.

Una salva de aplausos acogió las palabras del Gran Duque. Y cuando el silencio se hizo de nuevo, Guillermo se dirigió al General Crack:

—Turenia os saluda, Príncipe Cristián.

El aventurero se irguió sobre los estribos de su caballo e inclinó la cabeza levemente. No era el saludo ceremonioso que el Soberano de Turenia esperaba, habituado como estaba a las humildes reverencias cortesanas; así es que, pesaroso de haberse mostrado tan cortés, añadió con voz en la que temblaba la cólera:

—¡El Ministro de la Guerra os recibirá!

Y se entró rápidamente en la salita de ajedrez. Hensdorff y María Luisa le esperaban allí, y dirigiéndose al primero, le dijo Guillermo:

—Trata tú con ese hombre, Hensdorff.

—Pero, Alteza, un asunto de tanta importancia...

—¡Yo no podría, no podría! ¡Ese aventurero me crispó los nervios!

Salió Hensdorff a complimentar la orden, y María Luisa se acercó a su hermano.

—Guillermo, ¿cuándo me presentaréis al príncipe Cristián?

—No os lo presentaré, querida hermana.

—¿Por qué no?

Porque no puedo permitir que una hermana mía hable de igual a igual con el hijo de una gitana.

IV

LAS CONDICIONES DE LA VICTORIA

Hensdorff salió a recibir al Príncipe Cristián con los máximos honores. Después le condujo al gran salón donde se celebraba la fiesta cortesana.

La llegada de aquel soldado rudo y fuerte, que traía en sus ropas olores de cuadra, y de campo, y de pólvora — olores de hombre —, produjo en la reunión el efecto de una bomba. Era el contraste demasiado violento para que pasase inadvertido.

Los hombres le miraban con desdén mal disimulado, comparando sus ropas finas y sus aromas delicados con aquella selvática figura de hombre de las cavernas.

Las mujeres, por el contrario, le prodigaban sus sonrisas que, por otra parte, podían muy bien ahorrarse, pues ninguna mella hacían en el ánimo del guerrero.

Este, sin hacer caso de la fiesta, se dirigió a Hensdorff y le dijo:

—Según hemos convenido, Conde Hensdorff, vengo a poner mi espada a la disposición de Turcía.

—Entonces sólo falta que Su Alteza acepte vuestras proposiciones.

—¿He de exponerlas a él o a vos?

—A mí... si gustáis...

—Es lo mismo. Mis proposiciones son las siguientes...

En aquel instante, un grupo de lindas damas, un ramillete de caras bonitas, pasó por cerca del sitio donde Hensdorff y el Príncipe Cristián se encontraban, y hasta los oídos de éste llegaron unas palabras, pronunciadas sin duda con la intención de que fuesen por él recogidas.

—¡Fué soberbio! — decía una de las damitas a sus acompañantes —. El Gran Duque rehusó presentar a su hermana al hijo de una gitana... aunque esa gitana fuese Princesa.

Un coro de risas de cristal puso a la frase un comentario burlón.

Hensdorff miró al Príncipe Cristián y lo vió palidecer dominado por la ira. Se recobró, no obstante, y con tono perfectamente tranquilo preguntó al Ministro de la Guerra:

—¿Se reírían tanto estas gentes si Turenia fuese desmentada?

—Hacéis mal en recoger esas palabras... Un soldado debe despreciar los chismes cortesanos.

—Pero debe hacerse pagar más cara su ayuda.

—No creo que debáis llevar las cosas a ese extremo...

—¿No lo creéis? ¡Naturalmente! ¡No es a vos a quien afecta! Pero a mí, sí... a mí, que estoy orgulloso de mi origen, que tengo a gran honor llevar sangre de gitanos en mis venas.

—Nadie os asegura, sin embargo, que haya pronunciado el Gran Duque esa frase que se le atribuye.

—No hace falta que me lo aseguren. Lo sé... Y sé también que por esa misma razón, él no ha venido a tratar conmigo, y os ha enviado a vos...

—¿Sois adivino?

—Suponedlo así, si gustáis... Mis condiciones son: la mitad del dinero del Tesoro...

—¡Muy alto picáis!

—... y la mano de la dama que vale tanto, que no puede conocer al hijo de una gitana.

—¿Estáis loco?

—¡Estoy cuerdo!

—¡Pedís un imposible, señor! Esa dama es la hermana del Soberano... la Duquesa María Luisa.

—Nada hay imposible... excepto vuestra victoria sin mi ayuda.

—Reflexionad, Príncipe Cristián... El Gran Duque no concederá nunca lo que proponéis.

—¡Peor para él!... Aguardaré la decisión de Su Alteza en mi cuartel general de Oleindern..., hasta dentro de tres días.

—¿Es vuestra última palabra?

—La última.

—Hasta la vista, Príncipe Cristián!

—¡Hasta la vista Conde Hensdorff!

Giró el General Crack sobre sus talones y atravesó el gran salón con gesto altanero, pisando fuerte y haciendo resonar sus espuelas al andar.

Al volverse el Conde Hensdorff, para dirigirse a las habitaciones de Guillermo, se encontró con que la Duque-

— María Luisa estaba detrás de él, mirándole con sonrisas maliciosas.

— ¡Cómo, Alteza! — exclamó —, ¡Vos aquí!

— Yo aquí, Hensdorff.

— Espero que no habréis oído las pretensiones de ese hombre.

— He tenido que oírlas... a pesar mío.

— ¿Y no os parecen abominables?

— ¿Queréis que os hable con sinceridad, Conde?

— Os lo ruego.

— Pues en ese caso, sabed que no sería para mí ninguna humillación el llamarme esposa del Príncipe Cristián.

— ¡Duquesa!

— Lo único que siento es que se haya fijado en mí solamente como en un instrumento de su revancha.

— En eso no tenéis razón, Alteza. Recordad que ni siquiera os conocí.

— Es cierto, Hensdorff; lo había olvidado.

EL PACTO

Oleindem, un pueblecito situado en la frontera de Turenía y Nerlandia, tenía por aquellos días una animación inusitada.

El Príncipe Cristián había establecido en él un cuartel general, y la soldadesca turbaba la paz virgiliana del pueblo con alardes de matonería, duelos y borracheras, que escandalizaban a los pacíficos aldeanos.

Eran aquellos soldados del General Crack hombres endurecidos por el espectáculo constante de la guerra. Durante sus correrías por los campos de Marte veían la muerte demasiado cerca para no sentir la necesidad, en sus breves intervalos de paz, de aprovechar la vida, gustando sin tasa los goces que ofrece a los hombres.

Ellos bebían sin freno, vaciando en poco tiempo las jaras, los barriles y hasta los toneles que los habitantes del pueblo guardaban para su propio consumo o para vender en la ciudad. Claro está que éstos no salían perjudicados, pues los soldados del Príncipe Cristián traían sus bolsillos llenos de dinero contante y sonante, que repar-

tian pródigamente, sabiendo que otra guerra volvería a llenárselos.

Lo que los aldeanos no miraban con tan buenos ojos, era la persecución de que los guerreros hacían objeto a las mozas del lugar. Era una persecución escarnizada, que reproducía en los campos cercanos la vieja leyenda de las ninfas y los faunos.

A decir verdad, las mozas no parecían muy ofendidas por ello, y con frecuencia acogían tales desmanes con carcajadas que excitaban aún más a sus perseguidores. Pero no ocurría lo mismo con los mozos, los cuales sentían hervirles la sangre en las venas al ver cómo aquellos advenedizos abusaban de su hospitalidad.

Pero, ¿quién era el valiente que se atrevía a hacer frente a aquellos bárbaros? Los habitantes de Oleindem no se distinguían precisamente por su belicosidad; en cambio, ellos sabían por experiencia cómo las gastaban los soldados del General Crack, pues más de una vez los habían visto batirse a cuchilladas y mandobles por un vaso de vino o por un beso de mujer.

Y era de suponer que, si eso hacían entre sí, lo mismo, y tal vez un poco más, harían con un indefenso labriego. Por lo tanto, los buenos campesinos se limitaban a mordarse los labios y apretar los puños, en tanto que sus compañeras se sentían felices de verse tan apreciadas, aunque la forma pecase por exceso de brusquedad.

En el mejor edificio del pueblo había instalado el Príncipe Cristián su cuartel general. Allí vivía, rodeado de los oficiales de su Estado Mayor, bebiendo tan bien como

el mejor bebedor de sus tropas y fumando con cachaza su larga pipa holandesa, mientras esperaba tiempos mejores: es decir, tiempos en que pudiese sacar a relucir su espada y, con ella en alto, galopar a la cabeza de sus coraceros, al encuentro de un enemigo cualquiera.

Porque, para el General Crack, la nacionalidad del enemigo era lo de menos. Lo de más era combatir, luchar, ver llegar el peligro para burlarlo con un golpe de astucia o de fuerza.

Tres días habían transcurrido desde su conversación con el Conde Hensdorff. Finaba la noche del tercero, y el Príncipe, tumbado en un diván, con la larga pipa entre los labios, esperaba, rodeado de sus oficiales más íntimos.

Consultó el reloj.

—Faltan solamente unos minutos para las doce — dijo.

—Pronto sabremos si el Gran Duque acepta o no vuestras proposiciones — añadió uno de los oficiales que le acompañaban.

—¿Qué creéis vos, teniente Dennis? — le preguntó el Príncipe.

—¡Oh!, lo que yo crea poco debe imputaros.

—Si no me importase no os lo preguntaría.

—¿Desearía entonces saber mi opinión?

—¡Claro, teniente! ¡Me estáis impacientando!

—Pues yo creo que el Gran Duque no aceptará.

—¿Por qué?

—Porque son excesivas vuestras pretensiones. No me refiero ya al dinero del tesoro... pero... lo otro...



- Dios sea elpuro en el a delva como en el amor, Almer...



-Vengo a poner mi espada a la disposición de Turenta, Conde Harsbutt



...exclamándose con desahucio hacia la bailarina...



«Ponéos al frente de vuestros negocios, y al amanecer salid para Turin»



- «E tu mi pare un bacio come tu pié»



Fidella pregunta «Adónde me lleva?»



Tres días duró la tona de mié del Príncipe Cristóbal...



En la Corte de Tarenta la vida se desarrollaba festiva y movida...

—¿Lo otro, qué?

El teniente Dennis empezaba a torbarse. Era el más joven de los oficiales que rodeaban al General Crack, y éste — el teniente no acertaba a explicarse por qué — le temaba siempre como blanco de sus tiros, cuando sentía necesidad de desahogar sobre alguien su mal humor.

El Príncipe, repitió, alzando la voz:

—¿Lo otro, qué?

—No, si yo, mi General, no digo nada... Solamente que...

—¿Sin rodeos! ¿Qué queréis decir?

—Pues... solamente que... como el Gran Duque es así... con esas ínfulas que tiene de Emperador...

—¿Entonces, tú también crees que yo soy demasiado poca cosa para su hermana?

—¡Mi General, por Dios... yo cómo voy a creer semejante cosa!

—¿Que el hijo de una gitana no tiene derecho a casarse con la hermana de un Soberano?

—¡Mi General... yo... yo...! ¡Os juro que...!

—¡Teniente Dennis... eres un idiota!

Por fortuna para el desgraciado teniente, en aquel instante sonaron unos golpecitos dados sobre la puerta de la estancia donde el Príncipe y sus oficiales se encontraban, y un soldado introdujo a un correo que acababa de llegar, todavía cubierto por el polvo de los caminos.

El General, sin moverse del diván, le preguntó:

—¿Qué traes?

—Un mensaje de Su Alteza el Gran Duque Guillermo de Turenia.

Cristián disimuló una sonrisa de triunfo, y ordenando con un gesto que se retirase el mensajero, tomó el pliego de manos de uno de sus oficiales, y lo leyó en alta voz, sin demostrar alegría ni sentimiento, sino indiferentemente, como leería una noticia que en nada se refiriese a su persona.

El pliego decía así:

"A su Alteza el Príncipe Cristián de Nerlandia:

Nos, el Gran Duque Guillermo, Soberano de Turenia, acuerda aceptar vuestras proposiciones, en la siguiente forma:

1.º Os cederá la mitad de su Tesoro, en el caso de que consigáis librar a Turenia de sus enemigos;

2.º Os concederá, además, en el mismo caso, la mano de su hermana la Duquesa María Luisa.

Guillermo de Turenia."

El Príncipe se volvió al teniente Dennis:

—¿Lo ves, idiota? ¿Ves cómo se doblega ante mí el Soberano de Turenia?

Los oficiales que estaban presentes llenaron de vino las copas que se hallaban sobre la mesa, y uno de ellos brindó:

—¡Por el Príncipe Cristián... el futuro cuñado del poderoso y orgulloso Gran Duque de Turenia!

LA VOZ DE LA SANGRE

A la mañana siguiente los veinte mil hombres del General Crack abandonaron el pueblo de Oleindem y sus alrededores, donde habían estado acampados.

Los buenos aldeanos lanzaron un suspiro de alivio; las buenas aldeanas se enjugaron unas lágrimas de despedida.

Durante mucho tiempo se les vió en el largo camino y se oyeron sus canciones y sus gritos. Después, una loma se los tragó. Y el viento ya no llevó hasta allí más que una espesa polvareda.

Casi al mismo tiempo, pero por caminos distintos, que conducían más directamente a la capital de Turenia, salieron del pueblo el General Crack y sus oficiales.

Horas y horas de camino. Agotados todos los temas de conversación. Fatigadas las caballerías, que habían recorrido muchas leguas bajo un sol implacable.

Al fin, al caer de la tarde, se divisó a lo lejos un pueblo. Parecía estar allí mismo, casi al alcance de la mano; pero pasó un cuarto de hora, media hora, y el pueblo seguía a igual distancia. Pasó una hora, y aquel grupo de

casas seguía sin acercarse a los caminantes, como si se tratase de un espajismo.

Había oscurecido por completo. En el pueblo que rompía la monotonía del horizonte se encendieron algunas luces, y fué entonces cuando el General Crack y sus oficiales, acostumbrados a tales medidas, pudieron calcular casi con exactitud a la distancia que se hallaban: a media legua, aproximadamente.

Si las órdenes del Príncipe habían sido cumplidas al pie de la letra, ya estarían allí los soldados que habían salido de Oleindem por la mañana, antes que ellos, y ya les tendrían buscado cómodo alojamiento en la más confortable posada del pueblo. Faltaba muy poco para que los caballos pudieran descansar, y ellos también.

Pero de pronto, cuando menos lo esperaban, al pasar por delante de un bosquecillo, se vieron gratamente sorprendidos por las músicas y cánticos que de allí partían.

No era que las ninfas del bosque se entregasen a sus danzas clásicas a los sonos de la flauta de pan.

Era algo más prosaico, pero también más abigarrado.

En una gran explanada que había en el centro del bosquecillo, acampaba, con sus carros y sus tiendas policromas, una tribu de gitanos. Brillaba una gran hoguera en medio del campamento, y sentados en torno de ella, unos sujetos bronceados cantaban o tocaban instrumentos más o menos armónicos, mientras una muchacha, viva y ligera como una lagartija, bailaba en torno del fuego, como una sacerdotisa de un culto idólatra.

¿Qué eco de dormidas nostalgias despertó en el alma

del Príncipe la visión de aquel cuadro pintoresco? ¿Era acaso la sangre de su madre que le llamaba allí, a aquel ambiente semejante al que a ella la había rodeado?

No podía decirlo Cristián. Lo cierto era que se sentía empujado hacia el centro del bosquecillo por una fuerza superior a su voluntad.

Se volvió a sus oficiales, y les dijo:

—Marchaos a la posada... Yo iré luego allí.

Obedecieron los oficiales y se alejaron respetuosamente. Pero el teniente Dennis, cuyo afecto por el Príncipe pesaba más que su obediencia al jefe, volvió grupas al poco rato, sin acabar de decidirse a dejar solo a su general entre aquella gente. Y se ocultó entre la fronda, con la espada pronta, esperando el momento de ser necesitado.

No lo fué, sin embargo. El Príncipe era acogido por "aquella gente" con muestras del más profundo respeto y de la más extremada consideración, dando a entender con su recibimiento que conocían sobradamente sus hazañas, y que ellos, a pesar de no ser más que unos humildes gitanos, sin patria ni hogar, sabían admirar el valor y la caballerosidad donde los veían.

El Príncipe también parecía sentirse a sus anchas entre aquellas gentes indómitas, cuyo espíritu aventurero y su horror a las cadenas, aunque fuesen de oro, les hacía vivir al margen de la sociedad, en una sociedad formada para ellos solos.

Y el pobre teniente Dennis vió con asombro cómo su general, adelantándose con desembarazo hasta la bailari-

na, que había suspendido sus evoluciones para inclinarse ante él con un gesto no exento de gracia, la cogía en sus brazos y se alejaba con su dulce carga al rincón más oscuro del bosque.

Entonces se creyó obligado a intervenir, con aquella inoportunidad que era su característica.

En el momento en que el General besaba a la gitana, una sombra se presentó ante él y se cuadró militarmente. Cristián hizo un esfuerzo para reconocerla, y cuando lo hubo logrado, lanzó un suspiro de resignación.

—¿Sois vos, teniente Dennis? ¿Qué pasa ahora?

—Mi General, vuestros oficiales os aguardan.

—¿Ya lo sé, qué diablo! ¿Ea eso todo lo que se os ocurre decirme?

—Y la señora Duquesa os espera en la Corte de Torrenia.

—¿Y vos me esperáis para fastidiarme!

—Mi General... yo...

—¡Sabedlo de una vez, teniente Dennis!... ¡Sin vos la vida me sería infinitamente agradable!

Besó nuevamente a la gitana y montó a caballo, no sin haber arrojado una bolsa de oro a los nómadas, que le aclamaron con entusiasmo al verlo partir.

VII

DELIA, LA GITANILLA

Algunas horas después, la posada principal del pueblo que el Príncipe Cristián y sus oficiales habían visto a lo lejos, se hallaba en plena animación.

Llenaban la sala inferior oficiales y soldados del General Crack, y en ella se desbordaba la alegría más estrépitoso. Iban y venían las mozas de la posada sirviendo vino y recibiendo bromas mezcladas con tal cual pellizco que las obligaba a chillar, entre enojadas y satisfechas, mientras que arriba, en las habitaciones superiores, el Príncipe cenaba en compañía de sus oficiales más íntimos.

Hasta allí llegaban las voces y los ruidos de abajo, sin que el General se escandalizase por ello, acostumbrado como estaba a las expansiones de sus gentes, que él mismo fomentaba, comprendiendo que los hombres que exponían su vida dando la cara y el pecho al enemigo, era justo que tuviesen la compensación de unas horas de esparcimiento en los días de paz.

De pronto, el ruido que partía de la sala inferior se

multiplicó, se centuplicó. Llegaban hasta las habitaciones del Príncipe gritos de júbilo, sonido de instrumentos, canciones... una zarabanda de mil diablos.

Intrigado, Cristián se levantó y se asomó a la galería que corría sobre la sala.

Un espectáculo abigarrado le sorprendió.

Los gitanos que él había visto pocas horas antes en el bosquecillo cercano al pueblo, estaban allí. Acababan de llegar, atraídos sin duda por la presencia de la soldadesca, que les aseguraba pingües ganancias.

El príncipe Cristián los oyó retozar abajo y después llegaron a sus oídos notas alegres de vihuelas y laúdes. Por fin, se hizo el silencio y una voz de mujer, pura y fresca, entonó una canción llena de picardía y de sensualidad.

Se levantó el general Grack y, saliendo de sus habitaciones, se dirigió a la galería que caía sobre la sala donde se celebraba la fiesta. La voz de mujer dejó de oírse y volvieron a sonar con más fuerza los instrumentos de cuerda.

Cristián vio entonces cómo, en un espacio libre, del que habían sido retirados mesas y taburetes, los hombres que allí se hallaban formaban un círculo, en medio del cual se presentaba una figurita femenina, frágil y breve, pero dotada de tal movilidad, que sus pies parecían no tocar el suelo, y tan pronto se la veía en un extremo del círculo como en otro.

El príncipe sonrió con satisfacción. Acababa de reconocer a la gitaniña que pocas horas antes había tenido en sus brazos.

La veía ahora mejor que en la semipenumbra del bos-

quecillo, iluminada por las lámparas, velones y candiles que, en honor a los marciales huéspedes, se prodigaban en la sala del piso bajo.

Era menudita y vivaracha, y si en punto a belleza distaba mucho de parecerse al modelo clásico, en cambio, su rostro, de nariz respingada, enmarcado por unos cabellos rebeldes, de un negro de arabache, tenía una gracia y un encanto que cautivaban instantáneamente. Lo mejor de su personilla eran los ojos, unos ojos negros y profundos, que tenían el poder de atracción de los abismos.

La contempló el príncipe un buen rato, sin deseos de bajar, de romper el encanto de aquel espectáculo ligero, que le sugestionaba. La hubiera estado contemplando horas y horas sin cansarse, siguiendo con la vista sus rápidas evoluciones, recreándose en la expresión de su rostro, píamo y risueño.

Pero los laúdes dejaron de sonar bruscamente. A la gitana se le había desatado una de las sandalias y el baile no podía continuar.

Entonces, desde su observatorio, vió Cristián cómo se acercaba a la mujer uno de sus oficiales, el que menos simpatías le inspiraba: el coronel Gabor.

Hacía poco tiempo que el coronel Gabor estaba al servicio del príncipe. Lo había conocido éste en la última guerra en que había tomado parte. Pertenecía al campo enemigo, pero al ser hecho prisionero por las tropas del general Crack, no vaciló en ofrecer su espada al vencedor.

Y Cristián, que necesitaba buenos oficiales, aun más que buenos soldados, lo tomó a su servicio, a pesar de sa-

berle un traidor a su patria, pues en aquellos tiempos y en aquellas guerras no se ponían muchos reparos a las cuestiones de moral.

Vió el príncipe acercarse al coronel Gabor al taburete donde la gitana había apoyado el pie y arrodillarse ante ella como ante una reina. Le vió acercar su boca al oído de la muchacha y a ésta reír con grandes carcajadas. Y no pudo contenerse.

Con un gesto de cólera descargó un puñetazo sobre la baranda y un segundo después descendía las escaleras, gritando con su voz de trueno, aquella voz que hacía temblar a sus hombres más que los cañones enemigos:

—¡Facta! ¡A su puesto todo el mundo!

Se alejaron soldados y oficiales y sólo quedó en el centro de la sala el coronel Gabor, al lado de la gitanilla. Se levantó rápidamente y se cuadró ante su jefe. Pero su actitud, a pesar del comedimiento impuesto por las jerarquías militares, era altanera. Miraba al general Crack sin baja la vista, de hombre a hombre, como dispuesto a hacerle frente.

Sin reparar, al parecer, en aquella firmeza de su subordinado, el príncipe se adelantó hasta colocarse a su lado y le preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Ya lo veis, Alteza: distraerme—respondió Gabor sin inmutarse.

—¡Por eso que lo veo vengo a llamaros la atención!

—No creo haber hecho nada malo, señor.

—¡Ah! ¿No lo creéis? ¿Entonces encontraréis muy correcto

que un jefe se ponga a hacer el amor a una gitana delante de sus soldados?

—¿Lo decís por los soldados, Alteza... o por la gitana?

—¿Cómo se entiende! ¡Insolencias a mí!

—Perdón, mi general... Trataba solamente de aclarar un concepto.

—¡Basta la palabrería!

—Como ordenáis.

—Vuestra columna ha descansado ya, ¿no es cierto?

—Así lo creo, Alteza. Llegamos por la mañana.

—Bien. En vez de perder el tiempo aquí ponéos al frente de vuestros hombres y al amanecer salid para Turquía.

—¿Vuestra Alteza se quedará aquí?

—¡Mi Alteza hará lo que le parezca mejor!

—¿Ordenáis algo más?

—Nada más. Que seáis más parco en palabras para lo sucesivo.

—Procuraré complaceros.

Y el coronel Gabor, girando sobre sus talones con la maestría de un perfecto militar prusiano, se alejó de la sala, dirigiendo la vista hacia lo alto, para no ver las sonrisas significativas de sus compañeros de armas, que, en el fondo, se alegraban de la humillación que acababa de sufrir.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Después de la filípica propinada al coronel Gabor, todos creían que el príncipe, naturalmente, haría despedir inmediatamente a los gitanos, a fin de que la caajosa escena no volviera a repetirse con otro oficial.

Pero, lejos de eso, le vieron avanzar sonriente hacia la gitanilla. Al llegar hasta ella, la tomó en vilo y la sentó sobre la mesa, sentándose él, a su vez, en el mismo taburete donde la muchacha apoyaba su pie poco antes. Después, tomando el pieccecito de la pequeña vagabunda, se lo puso sobre sus rodillas y fijó toda su atención en la tarea de introducir por los ojales respectivos los cordones de la sandalia.

Si el coronel Gabor no hubiese desaparecido, estaría en su perfecto derecho recordando a su general que él había sido ahochoarnado y reprendido por hacer exactamente lo mismo que él hacía ahora.

Pero, ¿quién era el valiente que se atrevía a decirle las verdades al general Crack? Todos conocían su carácter arbitrario y violento. Todos sabían que su lengua era agresiva y cortante, y que aun más agresiva y cortante era su espada...

Callaron, pues, los oficiales, y se alejaron prudentemente, enfrascándose unos en el juego, otros en el placer de vaciar jarras de vino o de cerveza. Y la sala recobró el aspecto que tenía antes de la llegada de los gitana.

El príncipe se dirigió a la gitana.

—¡Pequeño tienes el pie, muchacha!

—¿Cómo queréis que lo tenga, si pequeña soy?

—¿Es tan bonito tu nombre como tu pie?

—Me llaman Fidelia...

—¡Fidelia! Eso quiere decir que eres fiel ¿verdad?

—No tengo a quién serle fiel... todavía.

—¿No has querido a ningún hombre?

—A ninguno, señor.

—¿Estás segura? ¿Ni siquiera a alguno de los gitanos de tu tribu?

—Os digo que a nadie, señor. Ignoro aún lo que es el amor.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—¿Os burláis?

—Yo no me burlo nunca. Di, ¿quieres que te dé unas cuantas lecciones de amor?

—Estáis demasiado alto, señor, para enseñar a amar a una pobre gitanilla.

En aquel momento en que dos corazones se unían, salvando la enorme barrera que los separaba; en aquel momento en que el coronel Crack le olvidaba todo para pensar solamente en amar, surgió... lo que surgía en tales críticos momentos: el teniente Dennis.

Al verlo ante él, cuadrado militarmente, el príncipe le arrojó una mirada que no lo fulminó por un verdadero milagro, pues llevaba en sí todo el poder mortífero del rayo.

—¿Qué hay?—le preguntó con una voz que hizo temblar la posada.

—Perdonad, Alteza... pero... ¿cuándo iréis a Turenia a ver a la duquesa?

—¿A ti qué diablo te importa?

—No, si yo... si yo lo decía solamente para recordárselo...

—¡Has hecho bien en recordármelo, teniente Dennis!

—¡Ya decía yo!...

Has hecho bien... porque quien va a ir a Turenia eres tú.

—¿Yo, Alteza?

—¡Sí, tú! Te presentarás al Gran Duque en mi nombre y le dirás que un asunto imprescindible me retiene aquí.

—Pero...

—Haz lo que te mando. ¡Sin replicar!

VIII

UN ASUNTO "IMPRESINDIBLE"

Unos minutos después, el príncipe Cristián, entre el nombre de sus subordinados, tomó a Fidelia en sus brazos, la envolvió con su capa, la sentó en la silla de su caballo y montó él a la grupa. Y, dirigiéndose a algunos oficiales que, curiosos, habían salido a despedirle a la puerta de la posada, les dijo:

—No tardaré mucho en volver. Pero mientras esté fuera, que no se me busque ni se me moleste.

Clavó las espuelas al caballo y se perdió en la noche con su dulce carga.

Unos nubarrones negros cubrían la luna, impidiendo ver a pocos pasos de distancia. Guiándose por las luces de algunas casas, el príncipe atravesó a galope el pueblo y salió al campo.

Los nubarrones quedaron atrás y la luna volvió a brillar en el cielo estrellado. A lo lejos se recortaban sobre el fondo cobalto las siluetas de los árboles.

No caminaron mucho tiempo. A media legua escasa del pueblo, Fidelia preguntó:

—¿A dónde me lleváis?

—A tu campamento. Gúfame tú.

Obedeció Fidelia y, unos momentos después, se hallaban en el bosquecillo salpicado de carretas y tiendas de los gitanos.

Estaban allí los principales de la tribu, sentados alrededor del fuego, y el príncipe, apeándose del caballo, se acercó a ellos, siendo recibido con grandes muestras de afecto, pues no en balde la bolsa de oro que les había arrojado aquella tarde y su gesto de gran señor que descende a alternar con la plebe le habían granjeado las simpatías de aquellas gentes.

Se sentó con los nómadas al lado de la hoguera, teniendo junto a sí a Fidelia, y cuando hubo averiguado quién era el jefe de la tribu—un anciano de luengas barbas blancas y rostro curtido por el sol y por el viento—le habló así:

—Te extrañará mi presencia entre vosotros, y tu extrañeza será mayor aun cuando sepas el motivo que aquí me trae.

—Hablad, señor. Os escuchamos con ansiedad.

—Habéis de saber que estoy enamorado de Fidelia.

—¿Es posible, señor? ¡Pero si la conocéis sólo de esta tarde!

—Lo bastante para amarla, dado mi temperamento.

—Respetamos vuestros sentimientos.

—No lo sabéis todo aún. Quizá os sorprendáis todos un poco cuando os diga que desco que Fidelia sea mi esposa.

Fué como si una bomba hubiese caído en medio del

círculo que formaban aquellos hombres, aquellas mujeres sentados alrededor de la hoguera.

Fidelia no era la menos sorprendida. ¡Casarse! ¡Y casarse con un gran señor, al que los demás llamaban Alteza! ¡Casarse con un hombre al que obedecían miles y miles de soldados!... ¡Aquello era increíble!

Se levantó, con un gesto de dignidad ofendida, y se encará con el príncipe:

—¡Hacéis muy mal en burlaros de mí señor! ¡Hacéis muy mal! Yo no soy más que una pobre muchacha sin educación y sin principios... Pero tengo mi alma en mi almario y no me gusta servir de juguete, aunque sea a una gran señor. ¡Qué os he hecho yo, qué visteis en mí para que sintáis la necesidad de reiros de una pobre gitana? ¡Eso no está bien hecho, señor... por mucha Alteza que seáis!

El anciano jefe de la tribu se levantó a su vez y, respetuosa, pero dignamente, le dijo al príncipe:

—Fidelia tiene razón, señor. Nosotros somos pobres; somos tan pobres, que la única riqueza que poseemos es el aire, el sol y la libertad... Para vosotros, los poderosos, nada; para nosotros, los miserables, todo. Pero, por lo mismo que somos tan pobres, no le debemos nada a nadie y podemos levantar la cabeza ante los mismos reyes... Os digo lo que Fidelia os dice: Hacéis mal en burlaros de la inocencia de una muchacha, de las canas de un pobre viejo...

—¡Basta!—gritó el príncipe con su voz formidable. Y añadió, dirigiéndose al anciano—. ¡Sentaos!

Obedeció el jefe de la tribu, y Fidelia, dominada tam-

bién por la poderosa voz de mando del príncipe, se sentó donde estaba, es decir, al lado de su galán.

El general Crack, entonces, habló así:

—¿Por qué, diablo, decís que me estoy burlando? ¡Lo mismo me dijo antes Fidella en la posada! ¿Es que tan apaleados estáis que no creéis que pueda haber en el mundo personas que hablen con buena fe? ¿Es que tengo yo cara de burlarme de la gente?... ¡Pues sabedlo! yo no me he burlado ni me burlaré nunca de nadie! ¡Amo a Fidella y quiero hacerla mi esposa! ¿Es eso una monstruosidad para que así os neguéis a creerlo? ¡Estoy dispuesto a casarme con ella! ¡Y vosotros mismos elegiréis hora, sitio y clase de ceremonia que preferís! Si deseáis casarla por vuestros ritos, dispuesto estoy a ello... Si veis más seguridad en mi religión cristiana, conforme estoy.

—Pero... ¿entonces es en serio?—se admiró el anciano.

—¡Naturalmente que es en serio! Y la ceremonia puede celebrarse ahora mismo, si así lo queréis.

* * *

Y se celebró la boda.

Para evitar la ostentación inútil de ver casarse a un príncipe con una gitana muy conocida por aquellos alrededores, la ceremonia se llevó a cabo según las costumbres de los zingaros. La unión quedaría rota para siempre el día que la mujer le fuese infiel a su marido,

Tres días duró la luna de miel del príncipe Cristián.
Tres días inolvidables de locura, de embriaguez.

No quiso volver al pueblo; no dejó que sus hombres
se acercasen a él.

Se escondió en el campamento de los gitanos, a los que
obligó a trasladarse de domicilio, a fin de quedarse él a
solas con su amada, y allí, bajo el techo de la Naturaleza,
entre el rumor de hojas y trinos de pájaros, bebió en el
cáliz del amor hasta saciarse.

XI

SE ESPERA AL NOVIO

Mientras tanto, en la Corte de Turenia se esperaba con impaciencia al príncipe Cristián.

Nadie sabía a qué obedecía su tardanza ni la carencia de sus noticias. En cuatro días, los únicos mensajeros que hasta allí habían llegado, eran el coronel Gabor, al frente de una columna, y el teniente Dennis, que, con mucho misterio, se había acercado al Gran Duque para manifestarle que al príncipe lo retenía un asunto imprescindible.

Nada más. ¿De qué asunto se trataba? ¿Una enfermedad? ¿Un duelo? ¿Un amorio?

El Gran Duque Guillermo se sentía herido en lo más sensible de su orgullo. ¡El, que había abdicado de su dignidad hasta el punto de conceder la mano de su hermana a un aventurero... al hijo de una gitana... veía ahora cómo el favorecido, lejos de correr a demostrarle su agradecimiento y a prosternarse a los pies de María Luisa, retardaba su vuelta, sin tomarse siquiera la molestia de enviar sus excusas!

¡Aquello era un insulto! ¡Una afrenta! ¡Algo inaudi-

to, algo que no se había registrado jamás en los anales de Turenía!

¿Y María Luisa?

Ella, que era la más interesada en el asunto, era la que menos importancia le daba a la tardanza del hombre que debía ser su esposo. Por lo menos, si algún resquemor tenía, lo ocultaba tanto, que ni las miradas de lince de las damas de la Corte, siempre en busca de temas amenos de conversación, no encontraban una sombra de despecho en el rostro sereno de la duquesa.

En realidad, María Luisa no podía estar enamorada del príncipe Cristián.

Cuando su hermano le presentó el dilema de casarse con él o dejar que Turenía fuese invadida por sus numerosos enemigos, ella no vaciló en dar su consentimiento, quizá complacida en su interior de llegar a ser la esposa de aquel gran guerrero a quien toda Europa respetaba y temía.

Pero ahora, al verle alejarse de ella, sin saber por qué, se mantenía fría y reservada, guardándose para sí propia sus sentimientos.

Tres días después de la llegada del teniente Dennis, cuando ya el Gran Duque se desesperaba y no sabía qué partido tomar, se presentaron en la capital de Turenía las tropas restantes del príncipe Cristián.

Guillermo ordenó a su ministro de la Guerra que se fuese al encuentro de ellas, para averiguar antes cuáles eran las noticias que traían del príncipe; pero, momentos

después, Hensdorff se presentó en Palacio, diciendo a su señor:

—No traen noticia alguna...

—¿Cómo! ¿Qué decís? ¿Y el príncipe?

—Lo ignoro, Alteza.

—¡Oh, esto es intolerable! ¡El general Crack abusa de nuestra bondad!

—Muchas cosas pueden retrasar la vuelta de un soldado, Alteza.

—¿Cuáles? ¡Explicadme cuáles!

—Si yo lo supiera no necesitaríamos inquietarnos.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha escondido? ¿Qué pretende ese hombre?

—Es algo inexplicable, Alteza, puesto que sus tropas están aquí ya.

—No sé, no sé... Nunca fui partidario de hacer tratos con ese hombre y me parece que el tiempo va a darme la razón.

La intranquilidad, el desasosiego por la tardanza del salvador de Turenia no impedían que en la Corte se celebrasen con la misma pompa las fiestas acostumbradas.

Aquella noche, precisamente, el Palacio se había vestido de gran gala, y bajo las cascadas de luz brillaban las joyas y se hacían más blancos, más suaves, más vaporosos los vestidos de las damas.

Cuando la fiesta se hallaba en su apogeo y los violines sollozaban la melodía de un minué, un criado anunció:

—Su Alteza el príncipe Cristián de Nerlandia.

Todas las miradas se dirigieron hacia la puerta, domi-

nadas por la ansiedad más profunda. Y el príncipe apareció. Vestía uniforme de húsar y mientras que su mano izquierda sujetaba el morrión, su diestra se levantaba para sostener una mano diminuta de mujer, de la mujer que marchaba a su lado, vestida con un elegante y al mismo tiempo sencillo traje de "soirée", y que avanzaba un poco cohibida al verse en aquel ambiente, tan distinto de los que hasta entonces había frecuentado.

Excusado nos parece decir que aquella mujer era Fidelia.

Se adelantaron ambos hasta el trono, situado en un tesero del salón, en el cual se hallaba sentado el Gran Duque Guillermo, y, a su lado, de pie, la duquesa María Luisa, y el general Crack se inclinó ante ellos en una reverencia casi palaciega.

El Gran Duque, con acento malhumorado, respondió a ella, diciendo:

—Nuevamente Turenia os saluda, príncipe.

—Confío—dijo Cristián—, que Vuestra Alteza me permitirá explicar mi tardanza.

—Precisamente estamos deseándolo.

—En ese caso, he aquí mi excusa.

Y el príncipe señaló a Fidelia, añadiendo:

—Mi esposa, Alteza.

—¿Cómo! ¿Os habéis casado?

—Sí, Alteza.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¡Señor, este matrimonio es un insulto a la duquesa María Luisa, mi hermana!

—Os equivocáis, señor... Y si me permitís explicarme, os convenceréis de ello.

—Explicaos, pues.

—En un momento de orgullo, motivado por cierta frase que oí en los salones de Vuestra Alteza, concebí la idea de tomar la revancha, exigiendo la mano de la duquesa María Luisa como condición precisa para mi intervención en el conflicto de Turenia.

—Ignoraba los móviles que os impulsaban a obrar así, pero siempre creí que se trataba de una cuestión de amor propio.

—Luego he reflexionado... No hay nada mejor que la soledad y el aislamiento para reflexionar...

—Continuad.

—Y comprendí que yo no tenía derecho a sacrificar a una dama que ni siquiera conocía, imponiéndole la humillación de casarse... con el *hijo de una gitana*.

—¡Bien, príncipe! Perdonad, entonces, mis palabras. Os habéis portado como lo que sois: como un caballero.

—Gracias, Alteza... Pero me falta aún algo que deciros.

—¿Qué es?

—Que, teniendo en cuenta que el hijo de una gitana debía buscar esposa de su clase, me he casado con una gitana.

—¿Entonces... vuestra esposa...?

—Bailarina en una tribu de gitanos, Alteza.

—De todos modos, príncipe Cristián, aceptamos gusto.

samente vuestras explicaciones y os deseamos éxito y felicidad.

En tal punto, descendió la duquesa del trono y, acercándose a Fidelia, le tendió la mano, diciéndole al mismo tiempo:

—Me llamo María Luisa... y os deseo mucha felicidad. Después, volviéndose a Cristián, añadió:

—¿Me permitís que sea yo la primera en felicitaros después de mi hermano, príncipe?

—Es un alto honor ser felicitada por dama tan encantadora.

Mientras la duquesa conducía al matrimonio a las habitaciones interiores de Palacio, donde se proponía darles hospitalidad, el Gran Duque Guillermo llamó con una seña al ministro de la Guerra, que cerca de él se hallaba, y le dijo:

—¿Has oído, Hensdorff?

—Sí, Alteza—respondió el ministro, sonriendo.

—Casi comprendo ahora el retraso del general Crack. Su excusa es lógica... y amable.

El conde Hensdorff se separó del Gran Duque mordiendo los labios. En las palabras de su Soberano acababa de adivinar un peligro.

En efecto, Guillermo, terrible Don Juan, que se conocía al dedillo todas las damas de la Corte, empezaba a sentirse fuertemente interesado por aquella gitanilla de movimientos gráciles, que tanto se diferenciaba de sus conquistas anteriores.

Claro está—pensaba el Gran Duque—que su marido no

era uno de tantos cortesanos cuya complacencia podía ganarse con dádivas o amenazas. El general Crack era un hombre de cuerpo entero, él lo reconocía, y por nada del mundo se atrevería a ponerse frente a frente de semejante soldado.

Pero...

Al llegar a este "pero", el Gran Duque sonreía como pudiera haber sonreído Meístófeles. Aquella palabra sin sentido condensaba todas sus esperanzas; aquellas cuatro letras significaban la guerra, la ausencia, el campo libre...

X

EL CORONEL GABOR

Continuaba la fiesta. Los bailes se sucedían casi sin interrupción. Las bellas damas de la Corte y los nobles caballeros de casacas bordadas y rostros empolvados se saludaban, se cruzaban, se perseguían en las evoluciones del minué o la pavana.

La fiesta se hallaba en su momento de mayor esplendor.

El Gran Duque, pensando en la gitanilla, descendió del trono y se mezcló entre sus cortesanos. Uno de sus favoritos le salió al encuentro y él, cogiéndole del brazo, se lo llevó a un extremo del salón.

—¿Has visto... la esposa del general Crack?

—Sí, Alteza... Y me hizo el efecto de ver a la muñeca de un gigante.

—Pero, ¿la crees abordable?

—Sin ningún género de duda.

—¿No crees que esté enamorada de Cristián?

—Aunque lo esté... Esta gitana es como todas las de su raza: voluble, ardiente, ligera...

—Pero su marido es un peligro.

—Ahora, tal vez. Más adelante, mientras él esté ensar-

tando enemigos con su espada, será el momento de iniciar la conquista.

Mientras tanto, María Luisa regresaba al salón acompañada del Príncipe Cristián y de Fidelia, a los que había enseñado las habitaciones que les estaban destinadas.

Algunos caballeros de los que allí se encontraban, entre ellos el que acababa de hablar con el Gran Duque, se acercaron a la esposa del General Crack, reclamando para ellos el placer de hacerle los honores de la fiesta. Accedió Cristián, y bien pronto Fidelia, olvidada la timidez de los primeros momentos, se perdió entre los grupos, atrayendo la atención de los presentes con sus movimientos vivos y su volubilidad de pájaro, que tanto se diferenciaban de la estiqueta palaciega, y, sobre todo, con su cabellera negra y rizada, en contraste con las empolvadas pelucas que las damas ostentaban.

Se quedaron solos María Luisa y el Príncipe Cristián.

En aquellos momentos la orquesta interpretaba el ritmo cadencioso de un vals, y el Príncipe se inclinó ante la Duquesa:

—¿Me haréis el honor de bailar conmigo?

—Con mucho gusto...

Giraron entre las demás parejas, y cuando los instrumentos lanzaron el último acorde, María Luisa le dijo a Cristián:

—No creí que un soldado bailase tan bien.

A lo que él, galante, respondió:

—No es posible bailar mal con una dama de vuestros encantos.

—Vengo notando, desde que os conozco, que no sois tan rudo como dice la gente.

—Lo soy, señora.

—Pues no lo parece.

—Es que a vuestro lado, oyéndoos hablar, respirando vuestro aroma, contemplando vuestra belleza, un hombre de las cavernas se transformaría en perfecto cortesano.

—¡Oh, Príncipe, eso es un verdadero madrigal!

Lejos de ellos dos, Fidelia, después de recorrer los salones donde se desarrollaba la fiesta, saludaba al Gran Duque Guillermo, que había salido a su encuentro, deseoso de iniciar con ella sus métodos donjuanescos, que tan excelentes resultados le daban con las damas de la Corte, aunque no tranquilo del todo por la cercanía del General Crack, cuyos terribles arrebatos de cólera conocía por referencias.

Los caballeros que acompañaban a la gitana, adivinando las intenciones de su Soberano, se retiraron discretamente, y Guillermo pudo preguntar a Fidelia:

—¿Qué os gustan estas fiestas cortesanas?

—¡Oh, muchísimo, Alteza!

—¿Serán, sin duda, algo inesperado para vos, no es cierto?

—En absoluto... Jamás me atreví a imaginar tanta magnificencia.

—Pues aun no conocéis lo mejor...

—¿A qué se refiere Vuestra Alteza?

—A los fuegos artificiales, que empezarán dentro de unos momentos.

—¿Fuegos artificiales?... No sé lo que es eso.

—Dentro de un instante lo sabréis. Venid conmigo...

Y el Gran Duque condujo a Fidelia a un balcón que caía sobre el parque en sombras.

Como si sólo se esperase su presencia, en aquel momento se elevaron, raudos, en el aire los primeros cohetes. Un pequeño fogonazo a ras del suelo, e inmediatamente, con un silbido prolongado, se remontaba velozmente una cinta luminosa, que, al llegar a lo más alto, explotaba, con un pequeño estallido, y se rompía en una cascada de estrellas de mil colores.

Fidelia, en el colmo del entusiasmo, reía, aplaudía, gritaba. Nunca había sospechado semejante maravilla. Le parecía estar en un mundo de ensueño, transportada a él por obra y gracia de un genio bienhechor.

En realidad, eran muchas emociones para una pobre muchacha como ella. Tres días antes no era nadie. Pertenecía a una tribu de gitanos, acampaba en un bosquecillo, se vestía de harapos, y, si alguna vez se acercaba al pueblecillo cercano, para bailar en alguna fiesta plebeya, las mujeres la miraban con desprecio y los hombres la abrumaban a insultos y groserías.

Y de pronto, la súbita transformación. Un gran señor que se enamora de ella, la toma en sus brazos, como si fuera una pluma, y acaba por hacerla su esposa. Unos días consagrados única y exclusivamente al amor. Todavía ella no se daba cuenta del cambio operado en su vida. Le era preciso llegar, en confortable silla de posta, hasta la capital de Turingia y verse en una fiesta de Palacio... ¡de Pa-

¡ació!... para darse cuenta del salto formidable que había dado.

Ella no era ya Fidelia, la gitanilla. Ella era una dama de la Corte, puesto que nadie allí le hacía ascos y todos la trataban como a igual. Y si no, la prueba. ¿No estaba allí, a su lado, el Soberano de Turenia? ¿No la trataba con mil atenciones y miramientos, como trataría a una auténtica Princesa?

Se volvió hacia él. El Gran Duque, en efecto, la contemplaba rendido, gozándose en la satisfacción de la muchacha. Esto era lo que veía Fidelia. Lo que ella no veía, era que la mirada del ilustre caballero se parecía bastante a la de un ave de rapiña antes de lanzarse sobre su presa indefensa.

Los cohetes seguían reventando en el cielo, con un chasquido alegre.

Fidelia exclamó:

—¡Preciosos! ¡Son como estrellas!

El Gran Duque, entonces, se aproximó más a ella, y pegando la boca a su oído, le dijo:

—Así son vuestros ojos... ¡Cómo lucirán en este viejo caserón!

—¡Por Dios! ¿Ulama Vuestra Majestad caserón a este Palacio?

—No hay en el mundo palacio bastante suntuoso para servir de estuche a una joya como vos.

—¡Pobre de mí! ¡Si hasta hace poco mi estuche era una tienda de campaña!

—Pero un hombre ha sabido sacaros de allí, para que luzcáis en el mundo como os merecía.

—Yo no quiero lucir... Me gusta más esconderme en la sombra para contemplar mejor desde allí el brillo que rodea a mi marido.

—No hablemos ahora del Príncipe.

—¿Por qué no? No puede haber conversación más sugestiva para mí.

—Bien. Seguid admirando los fuegos artificiales. Voy al salón unos momentos, para que no se note mi ausencia.

Se retiró del balcón el Gran Duque un poco despechado. Indudablemente, su conquista no marchaba tan bien como él había esperado. Bien es verdad que su impaciencia era excesiva. ¿Qué quería? ¿Como César, llegar, ver y vencer?

"Casi es mejor así—se dijo para su interior—; de este modo no me veré comprometido estando aquí el General Crack... y cuando se vaya, tiempo habrá de volver a la carga."

Iba a adentrarse en el salón, cuando vió cerca del balcón al Coronel Gabor, quien, al advertir que el Soberano le miraba, se cuadró militarmente.

El Gran Duque se acercó a él y le preguntó:

—¿Vuestro nombre?

—Coronel Gabor, Alteza.

—¿A las órdenes del General Crack, no?

—Exactamente.

—Ya, ya recuerdo... El Coude Hensdarff, nuestro Ministro de la Guerra, me habló de vos.



- No creía yo que un General bailase tan bien...



- ¡Miserable! ¿Que no viera yo a ver tu cara de repulil?



Como el Príncipe lo esperaba, Fidalia se levantó de un salto...



—Con los diamantes de Norlandia, Mi padre los usó con honor...



Los clarines del Genio: Chaco se habían a lo lejos...



El Coronel Oabre levanta a cabo su venganza...



- „Pui cum era vana Crislian?... Me amana...”



- „Voi veni a lumina de gitanos, adonde pertenezca!”

—Desde que he tenido el honor de venir aquí, el señor Ministro de la Guerra me distingue con su amistad.

—Sí; no me habló mal de vos... Me dijo, si no recuerdo mal, que sois el confidente del General Crack.

—Es cierto, señor... pero, a decir verdad, preferiría serlo de un Gran Duque.

—¡Buen cortesano sois, Coronel!

—Si me lo permite Vuestra Alteza, le diré que me importa más ser cortesano que soldado...

—Bien, bien... Ese es uno de los caminos de la privanza. Seguid por él.

Iba a retirarse el Gran Duque, pero Gabor le detuvo, diciéndole:

—Un momento, Alteza...

—¿Qué sucede?

—Quisiera... no sé cómo explicarme... Quisiera poder ser útil a Vuestra Alteza... Creo haber comprendido que Vuestra Alteza y la...

—¡Terminad de una vez! ¿Qué queréis decir?

—Es muy delicado... En fin, lo diré como me salga... Sé que a Vuestra Alteza no le es indiferente la esposa del General Crack...

—¡Silencio! exclamó el Gran Duque, poniéndole una mano sobre la boca—. ¿Tenéis empeño en comprometerme?

—Todo lo contrario, Alteza... Tengo interés en ayudaros.

—Entonces, la mejor ayuda que podéis ofrecerme es sellar vuestra boca. En asuntos de amor, no necesito intermediarios.

Le vió alejarse el vil soldado, y cuando comprobó que nadie podía sorprenderle, penetró en el balcón, donde Fidelia seguía contemplando la maravilla de los fuegos de artificio.

Se volvió ella al ruido de la puerta al cerrarse, y no pudo disimular un gesto de disgusto al ver a su lado al Coronel Gabor. Pero no tuvo tiempo de retirarse. El militar se inclinaba ante ella, diciéndole:

—Os felicito, señora...

—¿Puedo saber por qué?

—Habéis cautivado con vuestra belleza y con vuestras gracias al Gran Duque Guillermo.

—¿Os lo ha dicho él?

—Hace un instante.

—¡Oh! No le hagáis caso... El Gran Duque es muy amable.

—Yo lo sería también, Fidelia...

Y Gabor avanzaba hacia la esposa de Cristián, mientras ella retrocedía, aterrorizada, sacando fuerzas de flaqueza para exclamar:

—¡Cómo! ¿Os atrevéis? ,

—¡Me atrevo a todo, Fidelia!... Porque te amo... porque estoy loco por ti...

La gitana se sintió abrazada, apretada contra otro cuerpo, mientras que en su rostro recibía el aliento cálido del bárbaro. Quería gritar, pero la voz se ahogaba en su garganta.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta del balcón, y en el marco, iluminado por las luces del interior, se recortó, amenazadora, la figura del General Crack.

Le bastó un segundo para darse cuenta de la situación; lanzó un rugido, más de fiera que de hombre, y se abalanzó sobre el Coronel Gabor.

—¡Ah! ¡Canalla!

Gabor no comprendió nada; no tuvo tiempo de pensar nada. Se sintió levantando en vilo por unas garras vigorosas, vió pasar su cuerpo por encima de la baranda del balcón, se advirtió suspendido en el vacío, y, después, de un modo confuso, tuvo la sensación de que las manos que le oprimían se soltaban bruscamente y que él caía a estrellarse contra el suelo.

No se estrelló, sin embargo, como él había creído. Pasaron unos segundos. Abrió los ojos. Se palpó. Al intentar moverse, sintió un dolor agudísimo en el muslo derecho; sin duda se había roto la pierna.

Allá arriba, asomado al balcón, el General Crack le gritaba:

—¡Miserable! ¡Que no vuelva yo a ver nunca tu inmundicia cara de reptil!

Y el Coronel Gabor, arrojando espuma por la boca, enloquecido de dolor y de rabia, respondió, amenazándole con el puño:

—¡La veréis... el día de mi venganza!

Y, sin esperar respuesta, Guillermo volvió la espalda al Coronel Gabor y se internó en el salón,

CLARINES BELICOS

Pronto quedó olvidado el incidente.

Algunos de los cortesanos que asistían a la fiesta, fueron testigos, desde otros balcones del Palacio, de la escena que acabamos de narrar. Pero todos guardaron silencio, temiendo sin duda que el General Crack repitiese la hazaña con uno de ellos. Se comentó el hecho muy bajito, en el más riguroso secreto: sólo que el secreto corrió de boca en boca, aunque todos habían prometido guardarlo para sí, y no tardó en llegar a oídos del Soberano.

El cual, naturalmente, palideció. Palideció por dos razones: porque era cobarde y porque no tenía la conciencia tranquila.

Por un momento, desconocedor de los detalles del drama, temió que el Coronel Gabor, viéndose comprometido, hubiese revelado al Príncipe lo que a él le convenía ocultar: que había intentado cortejar a la Princesa. Y, para salir de dudas, con esa decisión que en los momentos críticos de su vida tienen los tímidos y los cobardes, en vez de procurar esfumarse, salió al encuentro del General Crack.

Sus recelos se desvanecieron entonces. Ante la mirada franca y noble del futuro salvador de Turenia, Guillermo,

buen conocedor del espíritu humano, comprendió que el héroe no sabía absolutamente nada. Y entonces decidió alejar cuanto antes de sí aquel peligro, para lo cual invitó al príncipe Cristián a un saloncito apartado del bullicio de la fiesta.

Cuando estuvieron los dos a solas, el Gran Duque tomó la palabra:

—Hemos perdido ya demasiado tiempo, príncipe. Puesto que os habéis comprometido a poner vuestra espada al servicio de Turenia, que sea cuanto antes. Las noticias que llegan de las fronteras son poco tranquilizadoras...

—¿Se sabe algo nuevo?

—Sí. Los austriacos y los flamencos nos atacan por dos lados a la vez, y los primeros han conseguido ya invadir parte de nuestro territorio.

—Pronto retrocederán.

—Con mucha seguridad lo afirmáis.

—Porque mucha seguridad tengo en mi espada y en mis hombres.

—¿Cuándo pensáis salir al encuentro del enemigo?

—Mañana al amanecer.

—Me parece muy bien.

—Avanzaremos primero contra los austriacos, puesto que son el peligro más inminente. Vuestra Alteza puede estar seguro de que antes de pocos días habrán abandonado el territorio invadido y estarán fuera de los límites de Turenia.

—¡Dios os escuche!

—Después nos ocuparemos de los flamencos, y antes de

que ellos invadan nuestra tierra, invadiremos nosotros la suya.

—¿De modo que saldréis al amanecer?

—Al amanecer.

—¿Y no volveréis aquí mientras dure la campaña?

—No. ¿Por qué lo preguntáis?

—¡Oh! Por nada... por nada, creedlo... Deseaba solamente saberlo ciertamente, para hacer que os tuviesen preparadas habitaciones en Palacio.

—¿En Palacio?

—¡Naturalmente! ¿Dónde encontraréis otro alojamiento más digno de vos?

—Pero, Alteza, yo no puedo consentir...

—Eso, ni mencionarlo siquiera. Lo menos que puedo hacer por el hombre que se ha comprometido a librar de enemigos mis dominios, es ofrecerle mi casa.

—Gracias, Alteza... ¿Entonces, mi esposa, podrá quedarse aquí?

—¡Claro está que sí! Y mi hermana y yo velaremos por ella.

—Es un favor que no olvidaré nunca, Alteza...

Se separaron. La fiesta terminaba. Los invitados abandonaban el gran salón, que poco a poco se iba quedando desierto, y abajo, en la plaza que se extendía ante el palacio, observábase extraordinario movimiento de coches, carrozas y literas.

El príncipe Cristián, después de despedirse respetuosamente de la Duquesa María Luisa, Subió a sus habitaciones, en las que ya le esperaba Fidelia. La cual, al verlo llegar,

le enlazó el cuello con sus brazos, ofreciéndole la copa de miel de sus labios.

El le dijo:

—¡Fidelia... nada hay en mi vida que valga lo que tus besos!

Se acostaron. Se amaron. Se durmieron.

Era de noche aún, cuando el vibrar de los clarines bélicos, arrogante, bravío, como el canto de un gallo, despertó al general Crack.

Su esposa dormía a su lado, en el mejor de los sueños. El príncipe se levantó y se vistió, sin que ninguno de sus movimientos consiguiese despertar a la gitanilla.

Entonces, Cristián extrajo de uno de sus bolsillos un rico "pendentif" de diamantes, e inclinándose sobre la durmiente, le pasó la joya por el rostro, al mismo tiempo que decía:

—¡Qué lástima que duerma mi Fidelia!... Quería regalarle este pendentif antes de separarme de ella.

Como el príncipe lo esperaba, Fidelia se levantó de un salto y se abrazó al cuello de su esposo, exclamando, loca de júbilo:

—¡Oh!... ¿Es para mí?

Cristián abrochó sobre su cuello la fina cadena de la alhaja. Después le dijo:

—Son los diamantes de Nerlandia. Mi padre los usó con honor. Usalos tú también... con honor.

Fué un instante de emoción. Un instante nada más. Fidelia era demasiado voluble para que en ella se eternizasen los momentos sentimentales. El príncipe, por su parte, se

complacía en abogar la voz del sentimiento cuando se hacía oír en su alma.

Una despedida en tono menor. Nada de frases altisonantes; nada de abrazos prolongados, lágrimas ni suspiros.

Cristián, sin duda alguna, sentía abandonar a su esposa; pero era soldado ante todo y sobre todo, y su sangre hervía cuando llegaban a sus oídos, llamándole, reclamándole, los toques de clarín.

Fidelia sí derramó unas lagrimitas y corrió al balcón para ver alejarse al esposo amado. Pero luego, al volver a la tibia del lecho, se quedó arrobada contemplando la joya que el príncipe acababa de regalarle.

¡Después de todo, aquello era una compensación!

Los clarines de la caballería del general Crack sonaban a lo lejos, cada vez más lejanos, cada vez más apagados.

Pero, al mismo tiempo, otro ventanal se abría en la fachada del Palacio, y junto a él, una mujer recogía y guardaba en el cofre de oro de su corazón aquellos sonos que se perdían en la lejanía...

Era la Duquesa María Luisa.

DON JUAN EN ACCION

Partió el General Crauk para los campos de batalla—su elemento—, y bien pronto su bravura y su diplomacia le ganaron adeptos. Se unieron a él, en favor de Turenia, contingentes de varios Estados pequeños de la Europa Central: la infantería de Salvia, la caballería de Ludwig...

Avanzó palmo a palmo, de victoria en victoria, obligando a retroceder, gracias a su táctica, unida a su valor y al partido que él lograba sacar de sus tropas, a enemigos poderosos, que hasta entonces parecían invencibles.

Desde un alto del campo de acción, montado en su hermoso caballo blanco, mandaba las operaciones, dando órdenes con su voz potente, que dominaba el ruido de los disparos. Pero no se limitaba a dirigir. Cuando veía una acción comprometida, desenvainaba el sable, clavaba las espuelas a su caballo y partía al galope a ponerse al frente de sus hombres, para asegurar de ese modo la victoria.

Los ejércitos austríacos fueron abandonando el suelo de Turenia. Los flamencos retrocedieron, y los hombres del General, al perseguirlos, se internaron en su territorio.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en el Palacio del Gran Duque?

Parecía lo natural que éste, agradecido a los esfuerzos del General Crack por limpiar a su patria de enemigos, correspondiese en la única forma que le era dable: atendiendo y mimando a la esposa del héroe.

Y así era, en apariencia. Nunca soñó la pequeña Fidelia verse tan solicitada, tan agasajada, como ella lo estaba en la Corte de Turenia. Constantemente se la veía con el Gran Duque, que la colmaba de atenciones.

Sólo que los maliciosos aseguraban, al parecer con fundamento, que a Guillermo no le inspiraba solamente el deseo de hacer a la gitanilla los honores de su hospitalidad. Las malas lenguas, que abundan más que en ninguna parte entre los lujos de la Corte, comentaban aquellas asiduidades del Gran Duque, atribuyéndolas a las gracias de la gitanilla y al espíritu donjuanesco del Soberano.

Y con eso las fiestas cortesanas tenían siempre un gustoso tema de conversación, y Fidelia y Guillermo vivían en el mejor de los mundos.

XIII

LAS VIBORAS SE APLASTAN

El Príncipe Cristián había terminado su primer avance y descansaba de las fatigas de la campaña en una casa de campo situada en las cercanías de la frontera. Allí, entre graznidos de ánades y gruñir de cerdos, dictaba sus órdenes el General Crack, y sus mensajeros partían al galope a llevarlas a las columnas que en el frente se mantenían a la defensiva.

Un día llegó a la granja un visitante de la Corte; era el Conde Hensdorff. Conducido junto al General Crack, saludó a éste con grandes extremos, diciéndole:

—Vuestra campaña es una larga cadena de triunfos, General... ¿Puedo felicitaros?

Se estrecharon las manos como dos buenos amigos, y el Príncipe preguntó:

—¿Qué nuevas me traéis de la Corte?

—Algunas, y todas agradables... En primer lugar, el Gran Duque en persona ha querido venir a felicitaros personalmente. Yo me he adelantado como emisario suyo... No tardará en llegar.

—Otra noticia.

—La Duquesa María Luisa me ha encargado con mucha insistencia que os felicite en su nombre.

—La Duquesa es muy amable.

—También la Duquesa me ordenó deciros que la Princesa Fidelia goza de perfecta salud y se encuentra muy a gusto en la Corte.

Iba a responder el General Crack, cuando se presentó el teniente Dennis, y cuadrándose ante su jefe, le dijo:

—Está aquí el Coronel Gabor. Solicita audiencia.

—¿El Coronel Gabor?

—Dice que tiene algo importante que comunicaros.

—¡Ese canalla viene sin duda a buscarme un disgusto!

—Ha dicho también que lo que tiene que deciros es un secreto, si lo recibís... en caso contrario, será un secreto a voces.

El Conde Hensdorff intervino:

—Yo no le recibiría, General... ¿No sabéis que el Gran Duque ha puesto precio a la cabeza de ese hombre?

El Ministro de la Guerra se turbó un poco; pero, diplomático y hombre de mundo, se repuso casi instantáneamente.

—No lo sé con exactitud... Creo que por cuestiones particulares.

—Es muy extraño que vos no lo sepáis...

Se levantó, y encarándose con el teniente Dennis, le dijo:

—Le veré en el despacho... a solas.

El Conde Hensdorff se levantó también, y deteniendo a Cristián, cuando éste se dirigía ya al interior de la casa, le suplicó:

Sed prudente, Alteza. Recordad que ese hombre os amenazó de muerte...

—Nada temáis. Procuraré que la entrevista no sea violenta... por él más que por mí.

Entró en una sala de la granja, a la que los soldados daban pomposamente el nombre de despacho, y que sólo estaba amueblada con una mesa, en la que se veían numerosos papeles revueltos, y un sillón desvencijado, y se sentó a esperar al visitante.

Este no tardó en llegar. Estaba más flaco que antes, cojeaba de la pierna derecha, y su rostro, amarillo de rabia y de bilis, expresaba toda la malignidad de una almaña acorralada. Se advertía que llegaba allí dispuesto a todo. A morir, si era preciso; pero después de haber descargado todo el veneno que llevaba dentro.

El General Crack, sin mirarle a la cara, pues su vista recorría algunos de los papeles de la mesa, le preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Quiero ser el primero—respondió Gabor, acercándose a la mesa y sin descubrirse—en contaros el último escándalo, que es en estos momentos la comidilla de la Corte.

Cristián no dijo nada. Siguió absorto, al parecer, en la lectura de los documentos que ante sí tenía. El Coronel Gabor se acercó más a él, echándole a la cara su aliento de víbora.

—¿Me refiero a la Princesa Fidelia!...

Contra lo que él esperaba, el General Crack se limitó a repantigarse en el sillón, diciéndole con voz tranquila:

—Os haré azotar si volvéis a pronunciar ese nombre.

—¡Azotadme! ¡Martirizadme! ¡Matadme! ¡No me importa morir... pero ha de ser después de haber visto el dolor y la rabia en vuestros ojos!

Extrajo de su bolsillo una joya; los diamantes que Cristián había regalado a su esposa, al despedirse de ella.

—¿Reconocéis esto?... ¡Es la prueba de que la Princesa Fidelia ha olvidado el significado de su nombre!

—¡Callad, Gabor! ¡Os lo digo por vuestro bien!

—¡No, no callaré!... ¡Toda una noche me la pasé a la intemperie... espiando bajo su ventana... mientras el Gran Duque estaba allí... con ella!

Callaba el General Crack, pero la hinchazón de sus venas y la crispación de sus puños denotaban su lucha interior.

La víbora, mientras exhibía con aire de triunfo los diamantes de Nerlandia, siguió vertiendo su veneno:

—¡Fué ella quien me dió esto... para comprar mi silencio... para sellar mis labios!

Otra pausa. Cristián seguía callado.

—¿Pero, por qué calláis? ¿Es que no sufrís? ¿No decís nada? ¿No podré yo saborear mi venganza?

Entonces, ocurrió lo que era de esperar. El General Crack derribó la mesa de un manotazo, y de un salto de gigante cayó sobre Gabor. Sus manos se aferraron a su garganta, ahogándole la voz, estrangulándole...

Se contuvo, sin embargo, y, sujetándole con una mano, sacó del bolsillo su pañuelo y se lo introdujo en la boca; después le ató una mordaza bien apretada.

Al ruido de la lucha acudieron el teniente Dennis y el ordenanza del General. Este les entregó al prisionero.

—¡Llévaoalo!... ¡Pero por nada del mundo le quitéis la mordaza; no debe volver a hablar!

Cuando ya estaban en la puerta, añadió:

—El Gran Duque Guillermo debe llegar de un momento a otro... Cuando esté aquí, fusilaréis a ese canalla.

Se quedó solo. Y una nube de tristeza cubrió su semblante. Pero se repuso casi en el acto. Era un soldado; y un soldado debe saber, ante todo, dominar sus sentimientos.

Recogió del suelo los diamantes de Nerlandia, que se habían caído en la lucha, y pareció fijar toda su atención en la tarea de engarzar una de las piedras que se habían soltado.

XIV

"DURA LEX..."

Un oficial entró a anunciarle la llegada del Gran Duque Guillermo.

Salió al patio, donde se hallaba antes de su entrevista con el Coronel Gabor, y al ver al Soberano de Turenia, le dijo:

—Llega Vuestra Alteza en momento muy oportuno.

El Gran Duque no contestó. Estaba inquieto, sin saber fijamente por qué. Tenía como el presentimiento de una desgracia. Sin mirar frente a frente al General, se sentó ante la mesa donde se hallaba el mapa del campo de operaciones y se puso a examinarlo con atención.

—Veo que os falta lo principal. Brudella no ha sido tomada todavía.

—No, Alteza... pero la victoria está ya descontada.

Y al hablar así, el General Crack, sentado al lado del Gran Duque, jugueteaba con los diamantes de Nerlandia, que había conservado en sus manos.

Al verlos, Guillermo palideció, y con su pañuelo de

encaje se limpió el sudor de su frente. Su inquietud no era, pues, infundada.

En aquel momento redoblaron los tambores, y por delante del Gran Duque pasó un piquete de infantería, en medio del cual caminaba, renqueando, el Coronel Gabor, con la mordaza sobre la boca y las manos atadas a la espalda.

Guillermo, más pálido que nunca, preguntó al Príncipe Cristián:

—¿Qué significa esto?

Es un pequeño acto que he aplazado hasta vuestra llegada.

—¿Algún delincuente?

—Es el Coronel Gabor. Vuestra Alteza sin duda le recordará...

—¿Y por qué lleva tapada la boca?

—Cuando un hombre tiene lengua de víbora... hay que amordazarlo.

—Pero... ¿Por qué vais a fusilarlo?

—Ha hecho falsas acusaciones contra Vuestra Alteza... y mi esposa.

—¿Contra mí?... No comprende...

—No hace falta. Nadie sabrá nunca lo que ha dicho.

Los soldados se habían formado delante del reo, y apuntaban a éste con sus fusiles, mientras que el oficial que los mandaba miraba insistentemente hacia el sitio que ocupaban el Gran Duque y el General Crack.

Este se volvió a Guillermo y le dijo:

—Alteza... el oficial espera la orden de disparar.

El Soberano de Turenia, más muerto que vivo, miró a Cristián, vió su rostro impasible—un rostro que parecía de roca—y haciendo un esfuerzo, levantó la mano. Bajó el sable el oficial, y sonó una descarga. El Coronel Gabor cayó para no levantarse más.

Unos minutos después, el Gran Duque Guillermo, horrorizado, emprendía el camino de regreso a Turenia.

El Conde Henadorff se acercó al General Crack, que, ensimismado, contemplaba el camino por donde había desaparecido Guillermo.

—¿Qué pensáis hacer, Alteza?

Cristián pareció despertar de un sueño.

—¿A qué os referís?

—No hemos tomado aún Brudella... Después de este... incidente, ¿terminaréis la campaña?

—La corona de la victoria esperará dentro de tres días al Gran Duque, como lo he prometido.

Tres días después, en efecto, Brudella estaba tomado. Los Estados de Turenia se habían agrandado extraordinariamente con las recientes conquistas, y el país que poco antes era invadido por los enemigos, se trocaba, por obra y gracia de un soldado rudo y tosco, en una de las naciones más pujantes de Europa.

Mientras tales sucesos se desarrollaban, en el Palacio del Gran Duque se esperaba de un momento a otro el regreso del General Crack.

Fidelia, en su inconsciencia, esperaba también con ansia a su señor, segura de que éste ignoraba sus devaneos con Guillermo.

Y una noche, Cristián se presentó. No venía solo; le acompañaba el jefe de la tribu de gitanos a quien, tiempo atrás, pidiera la mano de Fidelia.

Cuando la gitanilla vió llegar a su marido, corrió a su encuentro, tendiéndole los brazos; pero él la contuvo con un gesto frío, al mismo tiempo que le decía:

—Volverás a tu tribu de gitanos... adonde perteneces.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Tú lo sabes mejor que nadie. ¿Qué creías, desgraciada, que ibas a reírte impunemente del Príncipe Cristián?

Llamó, y salió de su escondite el jefe de la tribu de gitanos, empuñando un látigo. Y así, de modo tan brusco, vió Fidelia acabarse su breve sueño de felicidad.

EL BIEN PERDIDO

Algún tiempo después se celebraba, con pompa extraordinaria, la coronación de Guillermo en Brudella. El Príncipe Cristián, situado a su lado, tenía en sus manos, sobre un cojín de terciopelo, la rica corona que debía ceñir las sienes del antiguo Gran Duque de Turenia.

Celebrada la ceremonia, Guillermo, subiéndose al trono que en la Catedral se había improvisado, leyó un pergamino saludando a sus nuevos súbditos y agradeciendo el concurso que le había sido prestado por sus aliados, particularmente por el General Crack, a quien se debía efectivamente tan rotunda victoria.

Terminada la lectura, se volvió a su General en Jefe.

—Acercaos, Príncipe Cristián.

Este avanzó unos pasos hacia el trono. Guillermo, lleno de empaque y de solemnidad, habló así:

—Yo, Guillermo IV, Soberano de este Estado engrandecido por nuestra victoria, en agradecimiento a vuestros servicios, os devuelvo vuestra antigua herencia... el ducado de Nerlandia, que estaba en nuestro poder.

Pero el Príncipe Cristián respondió con gesto altivo:

—Hay dos cosas que no podéis devolverme, Alteza... y una de ellas es Nerlandia.

—¡Cómo! ¿Qué respuesta es ésa!

—He logrado para Vuestra Alteza la corona que ambicionabais; la he ceñido sobre vuestras sienes... He cumplido mi palabra. Lo que no prometí jamás es que esa corona se mantuviera mucho tiempo en vuestra cabeza.

—Saludó, con una ligera inclinación, y se retiró.

El Gran Duque se sintió invadido por la ira. Iba, sin duda, a pronunciar palabras molestas para el General Crack, cuando el Conde Hensdorff, que, como Ministro de la Guerra, había estado hasta entonces al lado del trono, adelantó hasta colocarse frente a su Soberano, e inclinándose ante él, le dijo:

—Hago mías las palabras del Príncipe Cristián, señor. Y se retiró también.

El atrio de la Catedral ofrecía un aspecto brillantísimo. Reuníanse allí los más varios y abigarrados uniformes, y en la gran plaza de enfrente formaban las tropas de las diversas naciones aliadas que habían traído su representación a la ceremonia.

El Conde Hensdorff, al salir de la Catedral, se dirigió hacia el General Crack, al que le dijo:

—Mis compromisos con el Gran Duque Guillermo han terminado.

—¡Cómo! ¿Dejáis al Gran Duque?

—Para seguir a un soldado, si me lo permitís.

—¡Ya lo creo que lo permito, Conde! Siempre os he considerado como lo más noble de Turenia... mejor dicho, lo único noble.

—Lo único no, Alteza.

—No hablo de la nobleza de la sangre, sino de la del alma.

—Ya lo sé... Por eso es digo que a esa nobleza pertenece otra persona también: la Duquesa María Luisa.

Se estrecharon las manos los dos hombres, y montaron a caballo.

Y entonces se vió un hecho singular. Las tropas que formaban en la plaza siguieron al General Crack. Todas, sin excepción.

Muchas de aquellas tropas debían quedarse allí, puesto que pertenecían a los Estados aliados últimamente a Turin y se sabía que el General Crack había roto las relaciones con Guillermo IV. Y sin embargo, todas siguieron a su ex General en Jefe, lo cual equivalía a hacer causa común con él.

Uno de los cortesanos de Guillermo, que había salido al atrio, corrió hacia el interior con la noticia:

—¡La infantería de Salvia se marcha con el General Crack!

—¡Cómo es posible!—exclamó el Gran Duque—. ¡Que se arreste inmediatamente a ese hombre antes de que abandone nuestros dominios!

—Arrestar ahora al General Crack sería buscar una rebelión, señor.

Otro cortesano entró corriendo.

—¡Las tropas de Ludwig también se unen al General!

—¡Pero eso es una traición!

—No es traición, puesto que todos vuestros aliados han

del
erte-
ron
que
sin
esto
are-
nes
ex
nún
o al
eral
Que
un-
na
al!
an

cumplido hasta el final sus compromisos... Pero ahora conviene estar prevenidos...

—¿Qué quieres decir?

—Es preciso mirar serenamente la situación, señor... Todo hace prever que nuestros antiguos aliados volverán las armas contra nosotros.

—¿Entonces... es la guerra?

—¡La guerra, señor! ¡Y con el General Crack no a nuestro lado, sino frente a nosotros!

El Gran Duque Guillermo se desplomó sobre el trono. Estaba vencido de antemano.

XVI

LA GUERRA

Fué un terremoto. Fué un cataclismo.

La Corte de Turin se conmovió hasta sus cimientos. Ya no se celebraban en ella aquellas fiestas suntuosas de antaño, ni se vivía frívolamente mientras el enemigo atravesaba las fronteras y se internaba en el territorio de la patria.

Ahora el enemigo era mucho más temible. Era una tromba, un ciclón, que asolaba todo cuanto encontraba a su paso, y avanzaba rápidamente, como una fuerza ciega de la Naturaleza.

Uno a uno iban cayendo en poder del General Crack todos los territorios, los Estados conquistados poco antes. Nada resistía su empuje formidable. Y los cortesanos de Turenia veían con terror cómo la ola se iba acercando, acercando, amenazando la capital, aquella deliciosa capital, amable y muelle, que ellos habían ido edificando sin otra finalidad que sacar el mayor partido posible de los goces que ofrece la vida.

Un día se supo que el General Crack, vencidos ya los obstáculos exteriores, había traspasado por el Norte la frontera de Turenia.

Al día siguiente se dijo que avanzaba a marchas forzadas hacia la capital.

Algunos nobles huyeron a refugiarse en sus casas de campo, si sucedía que éstas se hallaban situadas al otro extremo del camino que seguía el invasor. Se esperaba aún que las fuerzas de Turenia, concentradas todas ellas a las puertas de la capital, pudiesen poner un dique al avance del General Crack.

Pero era una esperanza demasiado vaga.

En el fondo, todos estaban convencidos de que el enemigo penetraría en la capital y plantaría sus tiendas ante el palacio del Gran Duque.

¿Cómo hacía frente éste a la invasión?

Temblando como un azogado unas veces, maldiciendo otras y profiriendo amenazas contra el invasor, amenazas que provocaban la hilaridad de los oyentes.

El día que supo que el General Crack se hallaba a las puertas de la capital, sin esperar siquiera a conocer el

resultado del combate que allí debía entablarse, decidió huir con su hermana en busca de un refugio seguro.

Aquel mismo día el General Crack entraba en la capital de Turenia.

Había transcurrido un mes desde la coronación de Brudella.

* * *

Siguiendo su costumbre de soldado que despreciaba las costumbres cortesanas, el Príncipe Cristián estableció su cuartel general fuera de la capital de Turenia.

Una noche, hallábase él cenando con el Conde Hensdorff, su hombre de confianza. No tenía apetito el General Crack. Estaba triste, sin saber a ciencia cierta cuál era la causa de su tristeza.

El Conde Hensdorff le dijo para animarle:

—Alteza, debe alegraros saber que los ejércitos de Guillermo han sido vencidos... y que él y su hermana no han tenido más remedio que huir.

—No estaré satisfecho hasta tenerlos en mi poder.

—¿Habéis mandado a alguien en su busca?

—Sí. Y espero que no tardarán en ser encontrados.

En aquel momento, el ordenanza abrió la puerta de la estancia y anunció al teniente Dennis.

Se presentó éste, y entregando al General Crack la espada del Gran Duque, que traía en sus manos, le dijo:

—Hemos capturado a los fugitivos, Alteza.

—Cristián tomó la espada de Guillermo, hermosa es-

pada de empuñadura cuajada de brillantes, y lanzó una estrepitosa carcajada.

—¡Magnífico!—dijo—. Esto me devuelve el apetito!

Se puso a comer, en efecto, con hambre de lobo.

Hensdorff le preguntó:

—¿Queréis que haga preparar alojamiento confortable para la Duquesa?

—No os molestéis—respondió el General—; yo mismo cuidaré de ello.

Cuando terminó de cenar, se volvió al teniente Dennis.

—Decid al Gran Duque que le concedo audiencia inmediata.

Se presentó Guillermo, hecho un basilisco. El Príncipe Cristián se levantó para recibirle, y se cambiaron entre los dos los saludos de rúbrica; malhumorado el uno, cortésmente irónico el otro.

El Gran Duque puso fin a las cortesías, diciendo al General Crack con acento colérico:

—¡Esto es un atropello, señor! ¡Reclamo mi libertad!

Cristián se sentó con mucha parsimonia.

—¿Por qué tanta prisa? No tenéis donde ir.

—¿Os burláis encima?

—No. Sólo pretendo saldar una deuda de hospitalidad que tengo contraída con vos... y con vuestra hermana.

—¿Dónde está mi hermana?

—Esperando mi audiencia... como vos esperaréis la de la Eternidad.

—¿Qué queréis decir?

—¿Qué subiréis muy pronto al patíbulo... Y mientras tanto, yo me distraeré con mi señora la Duquesa.

Hizo retirar al antiguo Soberano de Turenia y dió orden de que entrase María Luisa.

Cuando la joven penetró en la estancia, más inquieta por la suerte de su hermano que por la de ella, Cristián le salió al encuentro.

—¡Bien venida la Duquesa! Ella me ofrece un amable paréntesis entre los azares de la guerra.

Se acercó más a ella, y le dijo:

—Sólo vos podéis saldar mi deuda con vuestro hermano... Desgraciadamente, él no tiene esposa.

—Soy vuestra prisionera, Príncipe.

—Bien. Aprovecharemos la ausencia de Su Alteza, como él aprovechó la mía.

—Os aseguro que no sé lo que queréis decir...

—Los gitanos somos justicieros, señora... pedimos ojo por ojo... diente por diente...

La abrazó y, brutalmente, la besó en la boca. Después la miró a los ojos y volvió a besarla. Ella no inició ningún movimiento de protesta; antes al contrario, pareció rendirse al encanto de la caricia.

La separó entonces de sí el Príncipe Cristián, despechado de no encontrar en ella la resistencia que esperaba, para mejor saborear su revancha, y exclamó:

—¿Por qué no me rechazáis?

—Porque... os amo, Cristián...

Había en su rostro tanta serenidad, tanta dulzura, tanta inocencia al pronunciar aquellas palabras sinceras, que el

General Crack, a pesar de su rudeza, a pesar de sus intenciones vengativas, se sintió conmovido.

Se alejó unos pasos, y María Luisa fué hacia él.

Se alejó unos pasos, y María Luisa fué hacia él.

—Yo no sabía nada, os lo aseguro... Ahora es cuando empiezo a sospecharlo todo... Soy vuestra prisionera; haced de mí lo que gustéis.

El la miró, vencido por tanta nobleza.

—Señora—dijo—, sois digna de cualquier sacrificio... Renuncio a mi desquite; renuncio a poner en práctica la sentencia de los gitanos, mis antepasados... Os he servido con lealtad y me retiro sin recompensa.

Hizo sonar la campanilla que estaba sobre la mesa, y al ordenanza que se presentó le dijo:

—La espada del Gran Duque.

La puso en las manos de la Duquesa, diciéndole:

—Os devuelvo la espada de vuestro hermano. Es lástima que no seáis vos su dueña.

Mandó llamar al teniente Dennis, y le ordenó:

—Poned a Su Alteza en libertad y proveedle a él y a la Duquesa de un salvoconducto hasta la capital o hasta la frontera; que elijan ellos mismos el sitio que prefieran.

Se inclinó ante María Luisa como nunca se había inclinado ante nadie.

Al poco rato de hallarse a solas consigo mismo, saboreando su tristeza interior, vino a hacerle compañía el Conde Hensdorff.

—Perdonad si interrumpo vuestra meditación... pero estaba inquieto...

—No hay por qué... El Gran Duque está libre.

—¿Le habéis devuelto la libertad?

—Sí.

—Es la mejor venganza, Príncipe.

—Me marcharé dentro de una hora... Ya nada me retiene aquí.

—¿Pero... vais a salir de Turenia?

—Turenia para Guillermo. ¡Yo no la quiero!... He aprendido que la venganza es una mezquindad... y el amor... ha venido demasiado tarde...

—¿Amáis a la Duquesa?

—Tal vez... Me voy al Norte, con mis húsares... Nerlandia está aún en poder del enemigo.

—¿Pero eso es ir a la muerte! ¡El enemigo es poderoso!

—Por eso os digo adiós.

—¿Os marcharéis sin mí?

—Vos hacéis falta aquí, para reconquistar los dominios de Guillermo. El no sería capaz de hacerlo.

Dió unos pasos hacia la puerta, mientras el antiguo Ministro de la Guerra de Nerlandia le seguía, conmovido.

—¡Adiós, Hensdorff! ¡Que Dios os proteja!

—¡Adiós, Príncipe!

XVIII

EPILOGO

El Príncipe Cristián encontró su ducado invadido por hordas bárbaras del Norte, que celebraban orgías en el castillo severo de sus mayores y agobiaban a tributos y humillaciones a la escasa población.

El y sus húsares irrumpieron inesperadamente en la ciudad, y aunque el enemigo era muy superior a sus fuerzas, consiguieron vencerlo prontamente y ponerlo en fuga merced a la celeridad y a la fuerza de su empuje, semejante a una avalancha.

Y después de muchos años de alejamiento, Cristián se sentó en el trono de sus mayores. Pero todos adivinaban que no estaría allí mucho tiempo. El Gran Duque de Turenía, ensoberbecido por la impunidad, no permitiría que le arrebatasen su presa.

En efecto, aquella misma noche, cuando Cristián y sus oficiales, heridos y maltrechos, esperaban con ansia el descanso, llegó un emisario a comunicar a su jefe que habían llegado tropas de Turenía, y con ellas un nuevo Gobernador

de Nerlandia, decidido a tomar en el acto posesión de su puesto.

Cuando el emisario se retiró para dejar entrar al nuevo Gobernador, Cristián, decidido a vender caro su trono, dijo a sus oficiales:

—Bien, señores... parece que esta noche cenaremos en el infierno.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando en la sala del trono se presentó, no el Gobernador que se esperaba, sino el Conde Hensdorff.

Cristián le preguntó con extrañeza:

—¿Hensdorff! ¿Qué significa esto?

—Esto significa, Alteza, que debéis rendiros al nuevo Gobernador de Nerlandia.

Hizo una seña a sus acompañantes, y éstos hicieron entrar a una persona: la Duquesa Maria Luisa.

La cual, con una sonrisa que aumentaba su belleza, se acercó al Príncipe, diciéndole gentilmente:

—Príncipe Cristián... supongo que no me dejaréis gobernar sola...

El General Crack la miró y, vencido, la abrazó.

Después se volvió a sus oficiales:

—Señores, rectifico: donde cenaremos es en el Paraíso.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MIS AMEN - LA MIS SEGETA - ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOÉ	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAFALGAR	Corinne Griffith
LA MÁSCARA DE HIERRO (2.ª edic.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannig
EL AMOR Y EL DIABLO	María Corda
EL DESFILE DEL AMOR (5.ª edic.)	M. Chevalier
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bebé Daniels
RASPUTÍN	W. Gaidarov
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Berlioz
LA PIERCILLA DOMADA	Mary-Douglass

EDICIONES BIBLIOTECA IRIS

CORAZONES ORGULLOSOS	M. de los Santos
ASTUCIAS DE AMOR	M. de los Santos
EXPENDEDURAS DE CARNE	A. Vidal y Planas
HUMANA	

PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA

Servimos ediciones sueltas y colecciones completas, con envío del importe en sellos de correo. Remite como a veces para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films, Apartado 707, Barcelona

Mi

estones

Brie

adges

Griffin

band

Hebr

olset

nnig

Cord

evallie

anso

anick

larot

Plant

Bertie

ougla

RI

Santa

Santa

Plane

ETA

ee, gr

ctus o

celes

UNA peseta